

EL AÑO LITURGICO

1. EL AÑO LITURGICO, AÑO DE LA IGLESIA

Se considera el día 1 de septiembre como el inicio del año litúrgico. Sin embargo, el verdadero centro litúrgico del ciclo anual de la Iglesia es la fiesta de la Resurrección de Cristo. Todos los elementos de la vida litúrgica ortodoxa tienen su centro en la Resurrección, la celebración de la **Nueva Pascua Cristiana**. Inclusive las “fiestas fijas”¹ de la Iglesia como la Navidad y la Epifanía que se celebran en una fecha específica del calendario, reciben su forma litúrgica e inspiración de la fiesta pascual.

El ciclo de la Pascua de Resurrección se inicia con la **Gran Cuaresma**, la cual es precedida por varios domingos de preparación pre-cuaresmal. Toda la oración de la Gran Cuaresma llega a su punto culmine en la Semana Santa y en la **Fiesta de las Fiestas, la Resurrección de Jesucristo**. Luego, después de la Pascua de Resurrección, hay 50 días de celebración pascual que sigue hasta la fiesta de **Pentecostés**. Luego cada semana del año litúrgico es contada como un “domingo después de Pentecostés.” Se cuentan las semanas de la siguiente manera: El Primer Domingo después de Pentecostés, el Segundo Domingo después de Pentecostés, etc.), hasta que se da comienzo nuevamente al tiempo de preparación para la Gran Cuaresma en que las semanas reciben sus nombres y contenido principal en vista de la celebración pascual que se aproxima.

Existen dos libros especiales de los servicios litúrgicos para las oraciones especiales para este ciclo pascual de celebración: el **Triodion de Cuaresma**² y el **Triodion de la Pascua**³ (literalmente el **Triodion de las Flores**), el cual también se llama el **Pentecostarion**. Estos libros se llaman Triodions debido a las “tres odas” (3 himnos especiales) que frecuentemente se cantan durante los oficios de la iglesia durante estos periodos.

Los domingos y semanas posteriores a la fiesta de Pentecostés también tienen su propio libro especial que se llama el **Octóecos**, que literalmente quiere decir “los Ocho Tonos”. El Octóecos contiene las oraciones especiales para cada día de la semana. El día domingo es siempre dedicado a la Resurrección de Cristo. Los días miércoles y viernes son dedicados a la pasión y crucifixión de Cristo. El tema de los días lunes es el de los “poderes incorpóreos”, los santos ángeles. Se dedican los días martes a la memoria de San Juan

Bautista, los jueves a los Santos Apóstoles y San Nicolás, y los sábados a la Theotokos y la memoria de los difuntos.

Cada día de la semana, comenzando con la víspera del Domingo (el Día del Señor), se cantan los oficios en el mismo “tono” o melodía y escala musical. Existen ocho diferentes conjuntos de oraciones, cada uno en un diferente “tono” (por lo tanto, el nombre “Octóecos”), que se cantan en forma rotativa durante todo el año. Por ejemplo, en el segundo Domingo después de Pentecostés (desde la víspera hasta el sábado siguiente) se usa el Tono 1 (con sus respectivos textos y melodía); el tercer Domingo después de Pentecostés, Tono 2; el cuarto Domingo después de Pentecostés, Tono 3, y así sucesivamente, hasta el noveno Domingo después de Pentecostés cuando corresponde el Tono 8, y luego el décimo Domingo después de Pentecostés nuevamente corresponde al Tono 1. Este ciclo de “tonos” existe para cada semana del año, a pesar de que al acercarse el tiempo de Cuaresma nuevamente se enfatiza la preparación para la celebración de la Pascua de Resurrección.

Además de este ciclo pascual de oración que se organiza contándose las semanas después de Pentecostés, junto a este ciclo coexiste el ciclo de oración para cada día del año, cada uno de los cuales es dedicado a un santo (o santos) o a algún acontecimiento especial. Las oraciones para este ciclo (de acuerdo a las fechas fijas del calendario) se encuentran en una serie de doce tomos, uno para cada mes del año, que se llama el **Mineon**. El tomo del **Mineon** para el mes de septiembre, por ejemplo, incluye todas las oraciones especiales para cada día de ese mes, incluyendo las oraciones para el comienzo del año litúrgico (septiembre 1) y la Natividad de la Virgen María (septiembre 8), etc. La solemnidad del día es proporcionada a la importancia y popularidad del santo(s) o acontecimiento que se conmemoran.

Existen doce fiestas mayores o principales universalmente celebradas en la Iglesia Ortodoxa. Estas son: la Natividad de Cristo (25 de diciembre), la Epifanía (6 de enero), la Presentación de Cristo en el Templo (2 de febrero), y la Transfiguración de Cristo (6 de agosto); la Natividad de María (8 de septiembre), la Presentación de María en el Templo (21 de noviembre), la Anunciación (25 de marzo) y la Dormición de María (15 de Agosto); la Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre); y, del ciclo pascual, la Entrada de Cristo a Jerusalén (Domingo de Ramos), la Ascensión del Señor, y la fiesta de Pentecostés. La Pascua de Resurrección no se incluye entre estas doce fiestas mayores de la Iglesia ya que es la “Fiesta de las Fiestas”.

Las Iglesias Ortodoxas de distintas tradiciones étnicas enfatizan los otros días del año según su particular importancia y significado. Es así entonces,

que el día de San Sergio se celebra en gran manera en Rusia, San Spiridon en Grecia, San Jorge en los países árabes, y San Germán en América del Norte. Algunas fiestas, como la de San Pedro y San Pablo, San Nicolás y San Miguel, poseen una popularidad universal en toda la iglesia. La fiesta de San Pedro y San Pablo, además, tiene una importancia especial para la Iglesia del Patriarcado de Antioquía, ya que ellos son los santos patronos del patriarcado.

La fiesta de la Natividad de Cristo tiene su propio ciclo de oración modelado según él de la Pascua de Resurrección. Se prepara para esta fiesta mediante un ayuno de 40 días (similar a la que precede la Pascua de Resurrección), y se celebra también un periodo de oración después de ella. Las fiestas de la Dormición de María y de San Pedro y San Pablo también tienen periodos de ayuno, aunque de menor duración, en preparación a ellas. La mayoría de las fiestas mayores tienen una preparación de oración litúrgica antes, además de un tiempo de glorificación después. Esto significa que la fiesta es recordada y glorificada en los oficios litúrgicos de la Iglesia en anticipación a su llegada y también es celebrada en cánticos, oraciones e himnos por algunos días después.

LAS FIESTAS MAYORES DE LA IGLESIA⁴

8 de Septiembre	La Natividad de María la Theotokos
14 de Septiembre	La Exaltación de la Santa Cruz
21 de Noviembre	La Presentación de la Theotokos en el Templo
25 de Diciembre	La Navidad de Nuestro Señor Jesucristo
6 de Enero	La Epifanía: El Bautizo de Jesucristo
2 de Febrero	La Presentación de Cristo en el Templo
25 de Marzo	La Anunciación
6 de Agosto	La Transfiguración del Señor
15 de Agosto	La Dormición de la Theotokos ⁵

Fiestas cuyas fechas de celebración se calculan año a año de acuerdo a la primera luna llena de primavera (de otoño, en el hemisferio sur) y la pascua judía:

Domingo de Ramos (La Entrada a Jerusalén)

LA PASCUA: LA SANTA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

La Ascensión de Cristo (40 días después de la Resurrección)

Pentecostés: El Descendimiento del Espíritu Santo (50 días después de la Resurrección)

2. EL TIEMPO PRE-CUARESMA

La Gran Cuaresma es el tiempo en el año litúrgico que precede al periodo pascual de la Iglesia. La Gran Cuaresma, además, tiene su propio periodo de preparación litúrgica. La primera señal del acercamiento de la Gran Cuaresma viene cuatro domingos anteriores a su comienzo, el del **Publicano y Fariseo**. El enfoque en este domingo está en dos varones quienes fueron al templo a rezar. Uno era un fariseo, un varón muy decente y religioso; y el otro un publicano, un recaudador de impuestos quien en verdad era pecador y engañaba a la gente. El primero, a pesar de que era justo, fue condenado, según Cristo, por su orgullosa actitud frente a Dios. El segundo, aunque en verdad un pecador, se arrepintió y rogó a Dios por misericordia; la recibió, y fue justificado delante de Dios. (Lucas 18,9) La reflexión que debemos hacer aquí es, que no poseemos ni la piedad religiosa del fariseo ni el arrepentimiento del público mediante el cual podemos ser salvados. Estamos llamados a vernos como en verdad somos a la luz de la enseñanza de Cristo, y rogarle a Dios por su misericordia y compasión divinas.

El segundo domingo en este proceso de preparación a la Gran Cuaresma es el **Domingo del Hijo Pródigo**. Al escuchar la parábola de Cristo acerca del perdón y amor de Dios, estamos llamados a darnos cuenta de nuestra verdadera situación, tal como hizo el hijo pródigo “volviendo en sí” (Lucas 15,17), y vernos “en un país lejano”, lejos de la casa del Padre, y hacer el movimiento de retorno a Dios. Tenemos la seguridad que nos da el Maestro que el Padre nos recibirá con regocijo y alegría. Lo único que debemos hacer es “levantarnos e ir”, confesando la separación que nosotros mismos nos hemos impuesto de la “casa” a la cual en verdad pertenecemos. (Lucas 15,11-24)

El domingo siguiente es el que se llama la “Fiesta de la Carne”, pues es oficialmente el último domingo antes de la Pascua de Resurrección en que se puede comer carne. Conmemora la parábola de Cristo del Juicio Final. (Mateo 25,31-46) Nos recuerda en este día que no es suficiente sólo ver a Jesús, ni ver a nosotros como realmente somos, y volver a la casa del Padre como sus hijos pródigos. Debemos también ser hijos suyos siguiendo a Cristo, su Divino Hijo Unigénito, ver a Cristo en cada ser humano y servir a Cristo mediante ellos. Nuestra salvación y nuestro juicio final dependerán de nuestras obras, no solamente de nuestras intenciones ni tampoco en forma exclusiva de las misericordias de Dios, sin además de nuestra cooperación y obediencia.

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí; . . . De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. (Mateo 25)

Somos salvados no solamente por oración y ayuno, no por “ejercicios religiosos” únicamente. Somos salvados sirviendo a Cristo a través de Su pueblo, la meta a que toda oración y virtud se dirigen.

Finalmente, en la víspera de la Gran Cuaresma, el día llamado “La Fiesta del Queso” o el “Domingo del Perdón”, cantamos himnos que hablan del exilio de Adán del Paraíso. Nos identificamos con Adán, lamentando nuestra pérdida de la belleza, dignidad y gozo de nuestra creación original, y entramos así al tiempo de ayuno perdonándonos unos a otros, de modo que Dios también perdona a nosotros.

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas. (Mateo 6,14-15)

3. LA GRAN CUARESMA

La Gran Cuaresma es el tiempo en que nos preparamos para la fiesta de la Resurrección de Cristo. Es el símbolo viviente de la vida del ser humano la cual se completa en su resurrección de los muertos junto a Cristo. Es un tiempo de renovada devoción: de oración, ayuno y ayuda a los necesitados. Es un tiempo de arrepentimiento, una verdadera renovación de nuestras almas, corazones y obras, en conformidad a Cristo a sus enseñanzas. Es el tiempo, sobre todo, de nuestro retorno a los grandes mandamientos de amar a Dios y al prójimo.

En la Iglesia Ortodoxa, la Gran Cuaresma no es un periodo de morbosidad y tinieblas. Al contrario, es un tiempo de alegría y purificación. Estamos llamados a “ungir nuestros rostros” y a “purificar nuestros cuerpos tal como purificamos nuestras almas.” Los primeros himnos del primer oficio que se celebra en la Gran Cuaresma nos muestran el carácter propio de este tiempo:

Comencemos la Cuaresma con regocijo... ayunemos de las pasiones y también de la comida, regocijándonos en las

palabras buenas del Espíritu, a fin de que veamos la santa pasión de Cristo Nuestro Dios y su Santa Pascua, alegrándonos espiritualmente.

Tu gracia ha venido sobre nosotros, oh Señor; la iluminación de nuestras almas ha venido; he aquí, ahora es el tiempo aceptable; he aquí, ha llegado el tiempo de arrepentimiento. (Himnos del Oficio de Vísperas)

Lo que Dios en verdad desea es nuestro arrepentimiento, no nuestro remordimiento. Lamentamos nuestros pecados, mas lo hacemos en la alegría de la misericordia de Dios. Mortificamos nuestra carne, pero esto hacemos en el regocijo de nuestra resurrección a la vida eterna. Nos preparamos para la resurrección durante la Gran Cuaresma, tanto la Resurrección de Cristo como nuestra propia resurrección.

4. EL AYUNO DE LA GRAN CUARESMA

Debemos agregar unas palabras especiales acerca del ayuno que hacemos durante la Gran Cuaresma. En términos generales, se puede decir que el ayuno representa un elemento esencial de la Vida Cristiana. Cristo mismo ayunó, y enseñó a los seres humanos a ayunar también. El ayuno verdaderamente bendito es el que se hace en secreto, sin mostrarse a los demás y sin acusar a los demás. (Mateo 6,16; Romanos 14) Su meta es la purificación de nuestras vidas, la liberación de nuestros cuerpos y almas del pecado, el fortalecimiento de nuestros poderes humanos de amar a Dios y al prójimo, y la iluminación de todo nuestro ser para comunión con la Santísima Trinidad.

Las reglas ortodoxas para el ayuno de la Cuaresma son las reglas monásticas. No se permite el consumo de carne después del Domingo de la Fiesta de la Carne, y no se permite el consumo ni de huevos ni de productos lácteos después del Domingo de la Fiesta de Queso. Estas reglas existen no como una “carga que no se puede llevar” (Lucas 11,46), sino más bien como un ideal que debemos tratar de alcanzar; no como un fin en sí, sino como un medio que nos lleva hacia una perfección espiritual coronada en amor. Los propios oficios de la cuaresma nos recuerdan de esto:

Ayunemos con un ayuno agradable al Señor. Esto es el ayuno verdadero: abandonar al mal; cuidar la lengua; cortar la ira; cesar las pasiones, el mal habla, las mentiras y las maldiciones. Dejar todo esto es el ayuno verdadero y aceptable. (Vísperas del Lunes de la Primera Semana)

Los oficios de la Gran Cuaresma también claramente nos enseñan a no ser orgullosos de nuestro ayuno externo, ya que el diablo tampoco come.

El ayuno asceta de la Gran Cuaresma continúa desde el Domingo de la Fiesta de la Carne hasta el Domingo de la Resurrección, y es interrumpido solamente después de la Divina Liturgia Pascual. Reconociendo que están llamados a realizar un gran esfuerzo, los Cristianos han de hacer todo lo posible para ayunar en la mejor forma que pueden, en secreto, de modo que Dios los vea y les bendiga abiertamente con una vida santa. Cada persona debe hacer lo mejor que pueda a la luz de esta ideal.

Además del ayuno asceta de este periodo de Cuaresma, los Ortodoxos son los únicos cristianos que practican lo que se llama el **ayuno eucarístico** o **ayuno litúrgico**. Esta abstinencia no se refiere al ayuno que se hace en preparación a recibir los dones eucarísticos; significa que uno abstiene de recibir la Santa Eucaristía.

En los días de semana durante la Gran Cuaresma, no se celebra la Divina Liturgia Eucarística de costumbre en la Iglesia Ortodoxa, ya que la Divina Liturgia es siempre una celebración pascual de comunión con el Señor Resucitado. Ya que el tiempo de Cuaresma es de preparación para la Resurrección del Señor mediante nuestro recuerdo del pecado y separación de Dios, el orden litúrgico de la Iglesia no permite la celebración eucarística en los días de semana durante la Gran Cuaresma. En lugar de la Divina Liturgia, los oficios no-eucarísticos se extienden con lecturas adicionales de las Sagradas Escrituras e himnos de un carácter cuaresmal. A fin de que los fieles no sean totalmente desprovistos de la Santa Comunión en los días de semana, sin embargo, se celebra la **Divina Liturgia de los Dones Presantificados** los días miércoles y viernes. (Ver texto más adelante)

A pesar de este ayuno eucarístico, de todas maneras se celebra la Divina Liturgia Eucarística los días Sábado y Domingo (el Día del Señor). Los sábados, se celebra la **Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo**, generalmente acompañada de oraciones especiales para los fieles difuntos. Los domingos, sin embargo, se celebra la **Divina Liturgia de San Basilio el Grande**.

A menudo se hace referencia a la enseñanza que los días sábado y domingo no son días de ayuno en la Iglesia Ortodoxa. Esto es cierto, pero se refiere solamente al ayuno eucarístico-litúrgico. Durante toda la Gran Cuaresma, aunque se rompe

el ayuno eucarístico los sábados y domingos, se guarda el ayuno asceta todos los días, desde el Domingo de la Carne hasta la Pascua de Resurrección.

5. LOS OFICIOS DE LA GRAN CUARESMA

Se caracterizan los oficios de la Gran Cuaresma en los días de semana por melodías especiales que expresan su carácter penitencial.⁶ Las vestimentas utilizadas en la iglesia son de color sobrio. Los troparios diarios también son de carácter de intercesión, rogando a Dios mediante Sus Santos que tenga misericordia de nosotros pecadores.

En el oficio de Matutinos, no se canta el Salmo “Dios el Señor ...” como de costumbre, sino en su lugar, el **Aleluya** largo. Hay una mayor cantidad de lectura de salmos, y los himnos hacen referencia al esfuerzo hacia la perfección que hacemos durante la Cuaresma. Tres libros del Antiguo Testamento tiene especial importancia durante la Gran Cuaresma. Estos son el libro de Génesis, el de Proverbios, y el del Profeta Isaías. De hecho, se leen cada uno de estos libros en forma casi completa durante este tiempo. Lecturas tomadas de Génesis y Proverbios son agregadas al oficio de Vísperas, y del Profeta Isaías a la Sexta Hora. Ya que no se celebra la Divina Liturgia, no hay lecturas de la Epístola ni del Evangelio.

Una oración especialmente conocida en la tradición ortodoxa es rezada en todos los oficios de la Gran Cuaresma. Esta es la Oración de San Efraín de Siria. Es una súplica a Dios, rogándole que nos dé aquellas virtudes necesarias para la vida cristiana.

Oh Señor y Soberano de mi vida: líbrame del espíritu de indolencia, vanagloria y palabra inútil.

Y concédeme a mí tu siervo pecador, el espíritu de castidad, humildad, paciencia y amor.

Oh Señor y Rey, concédeme de conocer mis faltas y no juzgar a mi hermano, porque Tú eres bendito por los siglos de los siglos. Amen.⁷

El Domingo de la Fiesta de Queso en la tarde, se acostumbra a celebrar un oficio especial de Vísperas llamado las **Vísperas del Perdón**. Es el primer oficio de la Gran Cuaresma. Este domingo es dedicado especialmente al perdón. Estamos prontos a entrar en el tiempo litúrgico en que nos esforzamos en forma especial para reconciliarnos con Dios.

Es costumbre, entonces, en la Iglesia Ortodoxa, durante las Vísperas del Perdón, que cada uno de los fieles que participen en este oficio se acerque a todos los presentes individualmente, para pedirles su perdón y también ofrecerles perdón por cualquiera falta que pueda haber cometido.

Durante la primera semana de la Gran Cuaresma, se reza el Gran Canon de San Andrés de Creta. Consiste en una larga serie de versículos de carácter penitencial, basados en temas bíblicos, a cada uno de los cuales los fieles responden: **Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí.** Se repite este Canon también el día jueves de la quinta semana de la Gran Cuaresma.

Los días viernes de la Cuaresma se reza un oficio denominado el **Acathiston** a la Virgen María, Theotokos. Es una oración de alabanza a la Madre de Dios, cuya autoría se atribuye a San Romanos el Melodista. Durante los primeros cuatro viernes, se canta la cuarta parte del oficio, hasta completarlo. Luego, el quinto viernes, se reza el oficio entero.

El primer sábado de la Gran Cuaresma es dedicado a la memoria de San Teodoro de Tiro. Los sábados siguientes (segundo, tercero y cuarto) son dedicados a la memoria de los fieles difuntos. Los himnos litúrgicos que se cantan en estos días ruegan por todos los fieles difuntos. Además, se reza el Responso por los Difuntos, nombrándolos individualmente. Se agregan otras oraciones y letanías a la Divina Liturgia las cuales, tal como las lecturas de las Sagradas Escrituras, hacen referencia a los difuntos y su salvación en Cristo.

En general el día sábado, incluso fuera de la Gran Cuaresma, es el día en que la Iglesia recuerda a los difuntos. Esto es porque el sábado es el día que Dios bendijo para la vida en este mundo. Debido al pecado, sin embargo, este día ahora simboliza a toda la vida terrenal que se cumple en la muerte. Incluso Cristo el Señor yacía muerto el día sábado, “descansando de todas sus obras,” y “pisoteando la muerte con la muerte.” Es así entonces, que en la Iglesia de Cristo del Nuevo Testamento, el sábado se vuelve un día especial para recordar a los difuntos y ofrecer súplicas a Dios por su salvación.

6. LA LITURGIA DE LOS DONES PRESANTIFICADOS

Como ya hemos visto, no se celebra la Divina Liturgia eucarística en la Iglesia Ortodoxa los días de semana durante la Gran Cuaresma. Para ayudar a los fieles a sostener su esfuerzo espiritual durante la Cuaresma, se oficia la Liturgia

de los Dones Presantificados. Este oficio es muy antiguo. Se sabe de él en forma oficial en los cánones eclesiásticos del siglo séptimo, lo que obviamente indica que su desarrollo fue mucho más temprano.

En todos los días del ayuno santo de la Cuaresma, excepto en los días sábado, los días domingo, y en la fiesta de la Anunciación, se debe celebrar la Liturgia de los Dones Presantificados. (Canon 52, Concilio Quinisexto, 692)

La Liturgia de los Dones Presantificados es un oficio vespertino. Es la celebración de las Vísperas Solemnes de la Gran Cuaresma, con una serie de oraciones al final durante las cuales se da la Santa Comunión a los fieles. En esta liturgia, no se consagran los dones eucarísticos. La Santa Comunión que se da en la Liturgia de los Dones Presantificados ha sido consagrada el domingo anterior durante la Divina Liturgia; de ahí que este oficio recibe el nombre la Liturgia de los Dones Presantificados.⁸

Se celebra la Liturgia de los Dones Presantificados los días miércoles y viernes en la tarde, aunque en algunas parroquias es posible que se celebra sólo en uno de estos días. El día en que se celebra este oficio es dedicado a la preparación espiritual y abstinencia total. Sin embargo, los fieles que desean participar de los dones eucarísticos en esta liturgia, y no pueden hacer la abstinencia total por razones de salud o de trabajo, normalmente se sirven una comida liviana, de acuerdo a lo que se prescribe comer durante la Cuaresma, temprano en el día.

Durante los salmos de las Vísperas, se preparan los dones presantificados para la comunión. Son llevados desde la mesa del santo altar donde han sido guardados desde la Divina Liturgia, hasta la mesa de la proskomidia. Después del himno vespertino⁹, se leen las lecturas de Génesis y de Proverbios. Entre estas dos lecturas, el sacerdote bendice a la congregación arrodillada con una vela encendida, diciendo, “La Luz de Cristo ilumina a todos.” Esto expresan nuestra convicción que toda sabiduría es otorgada por Cristo en la Iglesia mediante las Sagradas Escrituras y los Sacramentos. Originalmente, esta bendición fue dirigida principalmente a los catecúmenos, aquellos que se preparaban a ser bautizados en el día de la Pascua de Resurrección, quienes asistían al oficio solamente hasta el momento de la comunión de los fieles.

Después de las mencionadas lecturas, se canta solemnemente el Salmo 140(141), con el ofrecimiento de

incienso. Luego, después de las letanías de intercesión y otras en que antiguamente se despedía a los catecúmenos, los dones eucarísticos presantificados son llevados nuevamente al altar en una procesión solemne, en completo silencio. El himno de entrada llama a los fieles a recibir la Santa Comunión:

Hoy las fuerzas celestiales invisiblemente celebran junto con nosotros. Pues ahora viene el Rey de la Gloria. Ahora se escolta el sacrificio místico ya ofrecido.

Con fe y amor, acerquémonos para ser partícipes de la vida eterna. Aleluya, aleluya, aleluya.

Después de la letanía y más oraciones, se reza el Padre Nuestro. Luego los fieles reciben la Santa Comunión mientras se canta el verso del Salmo 34, *Gustad y ved cuan bueno es el Señor, Aleluya*. Luego se cantan los himnos después de la comunión, y los fieles son despedidos con una oración a Dios quien “nos ha traído hasta estos santos días para la purificación de las pasiones carnales,” a fin de que nos bendiga a “luchar la buena lucha, completar el tiempo de ayuno, hasta llegar a y adorar la santa resurrección de Cristo.”

Tradicionalmente, se atribuye la Divina Liturgia de los Dones Presantificados al Papa Gregorio de Roma, del siglo sexto. El oficio actual, sin embargo, es obviamente la inspirada creación litúrgica del Bizancio Cristiano.

7. LOS DOMINGOS DE LA GRAN CUARESMA

Cada uno de los domingos de la Gran Cuaresma tiene su propio tema especial. El primer domingo se llama el *Domingo del Triunfo de la Ortodoxia*. Es la fiesta histórica que conmemora el triunfo sobre la herejía del iconoclasmo, en el año 843, en que los íconos volvieron a su lugar en la Iglesia. El tema espiritual del día es, primeramente, la victoria de la Fe Verdadera. “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” (I Juan 5,4) Además, los íconos de los santos dan testimonio de que el ser humano, “creado a la imagen y semejanza de Dios”, (Génesis 1,26) se vuelve santo y semejante a Dios mediante su purificación como imagen viva de Dios.

En el *Segundo Domingo de la Gran Cuaresma* conmemoramos a San Gregorio Palamás. Fue San Gregorio (+ 1359) quien dio testimonio de que los seres humanos pueden llegar a ser divinos mediante la gracia de Dios en el Espíritu Santo; y que incluso en esta vida, mediante oración y ayuno, los seres humanos se hacen partícipes de la luz increada de la divina gloria de Dios.

El *Tercer Domingo de la Gran Cuaresma* es el de la *Veneración de la Santa Cruz*. Se coloca la cruz en medio de la iglesia, justo llegando a la mitad de la Gran Cuaresma, no solamente para recordar a los fieles de la redención que ofrece Cristo y ayudarles a tener presente su meta, sino también para que sea venerada como aquella realidad según la cual el ser humano deben vivir para que sea salvado. “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.” (Mateo 10,38) Pues en la Cruz de Cristo Crucificado están “el poder de Dios y la sabiduría de Dios” para los que se salvan. (I Corintios 1,24)

En la Divina Liturgia de este día, en lugar del Trisagion se canta el siguiente himno:

Ante Tu Cruz nos postramos, oh Señor, y Tu Santa Resurrección glorificamos.

Este texto expresa algo fundamental de la espiritualidad ortodoxa: La Iglesia venera la Cruz de Cristo y recuerda siempre la muerte salvadora de Cristo por la humanidad y la creación entera; no obstante, al contemplar la Cruz, se recuerda que es una cruz de victoria, y jamás olvida la Resurrección de Cristo. El regocijo de la Resurrección de Cristo está siempre presente.

Después de la Divina Liturgia, el sacerdote procede a la nave llevando la Cruz en una solemne procesión. Coloca la Cruz, adornada con flores, en medio del templo, donde celebra un oficio de veneración ante ella. Se canta el himno “Ante Tu Cruz” nuevamente, además del Tropario de la Santa Cruz:

Salva, Señor, a tu pueblo, y bendice a tu heredad. Concede a Tu Iglesia la victoria sobre sus enemigos. Y protege al mundo por Tu Santa Cruz.

Después de esta celebración, los fieles se acercan a la Cruz para venerarla.

Se dedica el *Cuarto Domingo de la Gran Cuaresma* a San Juan Clímaco (de la Escala), quien escribió la obra “*La Escala del Ascenso Divino*”. Fue abad del Monasterio de Santa Catalina en el Monte de Sinaí (siglo VI), y testigo del esfuerzo violento que se requiere para entrar al Reino de Dios. (Mateo 10,12) La lucha espiritual de la vida cristiana es una verdadera lucha, “no... contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.” (Efesios 6,12) San Juan Clímaco inspira

a los fieles en sus esfuerzos, pues, según el Señor, solamente “el que persevere hasta el fin, éste será salvo.” (Mateo 24,13)

El Quinto Domingo recuerda la memoria de Santa María de Egipto, la mujer pecadora arrepentida. Esta gran santa nos recuerda, en primer lugar, que no hay ningún pecado o maldad, no importa lo grande que sea, que pueda separar a una persona de Dios si en verdad se arrepienta. Cristo mismo vino para “llamar a los pecadores al arrepentimiento” y a salvarlos de sus pecados. (Lucas 5,32) Además, la historia de Santa María de Egipto nos dice que jamás es demasiado tarde en la vida, ni demasiado tarde en la Cuaresma, para arrepentirse. Cristo recibirá gozosamente a todos que se acercan a Él, incluso en la undécima hora de su vida. Sin embargo, este acercamiento ha de ser en arrepentimiento sincero y serio.

8. EL SÁBADO DE LÁZARO Y DOMINGO DE RAMOS

La semana después del Domingo de María de Egipto se llama la Semana de los Ramos, o de las Palmas. En los oficios del día martes de esta semana, la Iglesia recuerda que Lázaro, el amigo de Jesús, ha muerto y que el Señor lo resucitará de entre los muertos. (Juan 11) A medida que los días progresan hasta llegar al sábado, la Iglesia, en sus diversos himnos y oraciones, sigue a Cristo en su camino hacia Betania, al sepulcro de Lázaro. El día viernes en la tarde, en la víspera de la celebración de la Resurrección de Lázaro, los “cuarenta grandes días salvadoras” de la Gran Cuaresma formalmente llegan a su conclusión:

Habiendo logrado los cuarenta días por el beneficio de nuestras almas, Te rogamos, Tú que amas a la Humanidad, que seamos dignos de ver la santa semana de Tu Pasión, glorificando en ella Tus grandezas y Tu plan inefable de salvación para nosotros, cantando con una sola voz: Señor, gloria a Ti. (Himno de las Vísperas)

El Sábado de Lázaro es una celebración pascual. En este día, la Iglesia glorifica a Cristo como “la Resurrección y la Vida” quien, resucitando a Lázaro, ha confirmado la resurrección universal de toda la humanidad aun antes de Su propia Pasión, Muerte y Resurrección.

Oh Cristo Dios, cuando resucitaste a Lázaro de entre los muertos, aseguraste la resurrección universal. Por lo tanto, nosotros, como los niños, llevamos los símbolos de la victoria, y clamamos a Ti, Hosanna en las Alturas, Bendito sea el que viene en el Nombre del Señor. (Tropario)

Cristo, la alegría, la verdad y la luz de todos, la vida del mundo y su resurrección, ha aparecido en su bondad a los que están en la tierra. El se ha hecho la Imagen de nuestra Resurrección, otorgando el perdón divino a todos. (Kontakion)

Durante la Divina Liturgia en el Sábado de Lázaro, en lugar del Trisagion (Santo Dios), se canta el versículo bautismal de la carta a los Gálatas : Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis. Aleluya. (Gálatas 3,27) Este himno expresa el carácter de resurrección que tiene esta celebración. Además, recuerda que el Sábado de Lázaro antiguamente era uno de los grandes días del calendario litúrgico en que se celebraban bautismos en la Iglesia Ortodoxa.

Debido a la resurrección de Lázaro, Cristo fue saludado por las multitudes como el Mesías-Rey de Israel que tanto habían esperado. Entonces, en cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, Jesús entró a Jerusalén, la Ciudad del Rey, montado en un pollino de asno. (Zacarías 9,9; Juan 12,12) Las multitudes lo recibieron con ramos en sus manos y exclamaron a Él con gritos de alabanza: ¡Hosanna! ¡Bendito es Él que viene en el Nombre del Señor! ¡El Hijo de David! ¡El Rey de Israel! Debido a esta glorificación por el pueblo, los sacerdotes y escribas finalmente se veían obligados a “destruirle, a condenarlo a la muerte.” (Lucas 19,47; Juan 11,53; 12,10)

La fiesta de la Entrada Triunfal de Jesucristo a Jerusalén, el Domingo de Ramos, es una de las doce fiestas mayores de la Iglesia. Los oficios de este día siguen directamente a los del Sábado de Lázaro. El templo *está* revestido del esplendor de la resurrección, y los himnos continuamente repiten el Hosanna ofrecido a Cristo como el Rey-Mesías que viene en el Nombre de Dios Padre para la salvación del mundo.

El tropario principal de esta fiesta es el mismo que se canta para el Sábado de Lázaro. Se canta en todos los oficios de este día, y en la Divina Liturgia se canta también como la Tercera Antífona. El segundo tropario de este día, así como el kontakion y otros himnos, glorifican la manifestación triunfal de Cristo “seis días antes de la Pascua” cuando se entregará en la Cena y en la Cruz por la vida de este mundo.

Hoy la gracia del Espíritu Santo nos ha reunido. Elevando Tu Cruz, digamos: Bendito sea el que viene en el Nombre del Señor. ¡Hosanna en las Alturas! (1º verso de las Vísperas)

Cuando fuimos sepultados contigo en el bautismo, oh Cristo Dios, nos hiciste dignos de la vida eterna por Tu Resurrección. Ahora Te alabamos cantando: ¡Hosanna en las Alturas! Bendito sea El que viene en el Nombre del Señor. (Segundo Tropario del Domingo de Ramos)

Sentado en Tu trono en los cielos, y llevado en una asna en la tierra, oh Cristo Dios, aceptando la alabanza de los ángeles y el canto de los niños quienes proclaman: Bendito eres Tú que vienes a restaurar a Adán nuevamente. (Kontakion del Domingo de Ramos)

En la vigilia de la fiesta de Domingo de Ramos, se leen las profecías del Antiguo Testamento acerca del Mesías-Rey, junto al relato del Evangelio que cuenta acerca de la entrada triunfal de Cristo a Jerusalén. En el oficio de Matutinos, se bendice ramos que los fieles llevan durante la celebración litúrgica como signo de su propia glorificación a Jesucristo como Salvador y Rey. Estos ramos generalmente son palmas, u otra clase de ramo disponible según la costumbre local.

Mientras los fieles llevan sus ramos y cantan sus himnos al Señor en el Domingo de Ramos, son juzgados junto a la multitud de Jerusalén. Fueron las mismas voces que exclamaron ¡Hosanna! a Cristo que, pocos días después, gritaron ¡Crucifícale! Así en la liturgia de la Iglesia, la vida de los seres humanos es juzgada mientras claman a Cristo con “símbolos de la victoria” y entran, junto a Él, a los días de Su pasión voluntaria.

9. LA SEMANA SANTA

En la Iglesia Ortodoxa, la última semana de la vida terrenal de Cristo se llama la *Semana de la Pasión* o, en términos populares, la *Semana Santa*. En los libros litúrgicos, se refiere a los días de esta semana como “Grande” y “Santo” (por ejemplo, el Gran Lunes Santo, el Gran Martes Santo, etc.) Se celebran oficios especiales cada día de esta semana, mañana y tarde. Los fieles suspenden su vida cotidiana mientras “suben a Jerusalén junto al Señor.” (Matutinos del Gran Lunes Santo)

Cada día de esta semana tiene su tema propio. El tema del día lunes es el de la higuera estéril que no da fruto y que es condenado. El acento del martes cae en la vigilia de las vírgenes sabias quienes, al contrario a sus hermanas necias, se encontraban preparadas llegó cuando el Señor. El enfoque del miércoles está en la mujer caída que se arrepiente. Se hace un gran énfasis en los oficios litúrgicos para comparar a esta mujer, una pecadora que se salva, con Judas, el apóstol

elegido que se pierde. Ella da todos sus bienes a Cristo y le besa sus pies; él traiciona a Cristo por dinero con un beso.

En cada uno de estos tres días, se lee el Evangelio en el oficio de las Horas, así como en las Vísperas cuando se celebra la Liturgia de los Dones Presantificados. Las lecturas del Antiguo Testamento son tomadas de los libros de Éxodo, de Job y de los Profetas. También se lee el evangelio en Matutinos, oficio que en estos días tradicionalmente se conoce como el Oficio del Novio, pues el tema general de cada uno de esos días es el fin del mundo y el juicio de Cristo. Es costumbre celebrar el Oficio del Novio en la noche.

He aquí que viene el Esposo a medianoche; bienaventurado el siervo que encuentre velando; mas el que está inadvertido, indigno. Cuida alma mía, de no caer en profundo sueño y ser arrojada fuera del Reino y entregada a la muerte. Mas velad clamando: Santo, Santo, Santo eres Tú, oh Dios; por las intercesiones de la Madre de Dios, ten piedad de nosotros. (Tropario de los primeros tres días de la Semana Santa)

Durante los primeros tres días de la Semana Santa, la Iglesia prescribe la lectura de los cuatro evangelios, durante los oficios de Las Horas, desde su comienzo, hasta que empiece el relato de la Pasión de Cristo. Aunque esto normalmente no es posible en las parroquias, por lo general se hace el intento de leer el texto de al menos un evangelio completo, privadamente o en comunidad, antes del Gran Jueves Santo.

10. JUEVES SANTO

La vigilia del Gran Jueves Santo es exclusivamente dedicada a la Cena Pascual que Cristo compartió con sus doce apóstoles. El tema principal de este día es la Cena misma, en que Cristo exhortó que se comiera la Pascua de la Nueva Alianza en memoria de Él, de Su Cuerpo partido y de Su Sangre derramada para la remisión de los pecados. La traición de Judas y el lavado de los pies de los discípulos por Jesucristo también son centrales a la conmemoración litúrgica de este día.¹⁰

Durante la vigilia del Gran Jueves Santo, se lee el relato tomado del Evangelio de San Lucas acerca de la Última Cena. En la Divina Liturgia, la lectura del Evangelio está compuesta por partes de los relatos de los cuatro evangelistas. Los otros himnos y lecturas del día también hacen referencia al mismo misterio central.

Cuando los gloriosos apóstoles eran iluminados mientras Jesús lavaba sus pies, el impío Judas fue oscurecido por el amor al dinero. Y a jueces inicuos Te entregó a Ti, oh Justo Juez. Mirad, oh Tú, amante del dinero, aquel que se ahorcó con una cuerda. Huye del alma insaciable que se atrevió a tal extremo contra el Maestro. Oh Señor, que trata a todos con justicia, gloria a Ti. (Troparion del Jueves Santo)

Vamos todos los creyentes, a participar en la invitación Real del Maestro, en la Mesa de la Inmortalidad, en el lugar alto, con las mentes elevadas, oh fieles, y comamos con regocijo, aprendiendo palabras sublimes del Verbo, a Quien le agradecemos. (Novena Oda del Canon de Matutinos)

Se celebra la Divina Liturgia de San Basilio el Magno junto a vísperas. El largo evangelio de la Última Cena es leído después de las lecturas de Éxodo, Job, Isaías, y el capítulo once de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios. En lugar del Himno de los Querubines en el ofertorio de la Divina Liturgia (la Gran Entrada), se canta el siguiente himno, el cual también se canta durante y después de la Comunión.

Acéptame hoy, oh Hijo de Dios, como partícipe de Tu Mística Cena. Pues no revelaré yo tu misterio a tus enemigos, ni te daré un beso traidor, como Judas. Sino como el Buen Ladrón te digo, Acuérdate de mí, Señor, en Tu Reino.

La celebración litúrgica de la Cena del Señor en el Jueves Santo no es un mero recordatorio anual de la “institución” del sacramento de la Santa Comunión. De hecho, el propio acontecimiento de la Cena Pascual misma no era un acto de última hora por parte de Jesús para “instituir” el sacramento central de la Fe Cristiana antes de Su pasión y muerte. Al contrario; toda la misión de Cristo, y por cierto el propio origen de la creación del mundo, es a fin de que la criatura amada de Dios, hecha a su divina imagen y semejanza, pudiera estar en la más íntima comunión con Él por toda la eternidad, sentada a la mesa con Él, comiendo y bebiendo en el Reino Eterno.

Así, Cristo el Hijo de Dios, habla a Sus Apóstoles en la cena, y a todos los seres humanos que escuchan sus palabras, y creen en Él y en el Padre quien lo envió.

No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. (Lucas 12,32)

Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino...” (Lucas 2,28-30)

Por lo tanto podemos decir en verdad, que el cuerpo partido y la sangre derramada de que Cristo habló en Su Última Cena con los discípulos no fue meramente una anticipación de lo que venía. Sino, que todo cuanto había de venir — la cruz, la tumba, la resurrección al tercer día, la ascensión a los cielos — sucedió precisamente para que el ser humano pudiera ser bendecido por Dios para estar en santa comunión con Él por siempre, comiendo y bebiendo en la Mística Mesa de Su Reino Eterno.

Así la “Mística Cena del Hijo de Dios” que se celebra continuamente en la Divina Liturgia de la Iglesia Cristiana, es la esencia misma de lo que será la vida en el Reino de Dios por toda la eternidad.

“Bienaventurado el que coma pan en el Reino de Dios.” (Lucas 14,15)

“Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero.” (Apocalipsis 19,9)

11. VIERNES SANTO

Generalmente se celebra el oficio de Matutinos del Viernes Santo el día Jueves Santo en la noche. La principal característica de este oficio es la lectura de 12 selecciones de los Santos Evangelios, todas las cuales son relatos de la pasión de Cristo. La primera de estas doce lecturas es Juan 13,31 al 18,1. Es el largo discurso de Jesucristo con sus discípulos finalizándose con su llamado oración sumosacerdotal. La última lectura de las doce relata cómo sellaron la tumba de Cristo y colocaron una guardia. (Mateo 27, 62-66)

Se leen estas doce lecturas de los Evangelios acerca de la pasión de Cristo durante el oficio de Matutinos, con la entonación de distintos himnos y salmos entremedio. Toda la himnología está relacionada con el sufrimiento de Cristo y basada en gran parte en textos de los evangelios y en las escrituras y salmos proféticos. Después de la lectura del quinto evangelio, el sacerdote lleva la Cruz¹¹ en una solemne procesión alrededor del templo, mientras canta el himno:

“Hoy fue elevado sobre un madero Aquel que levantó la tierra sobre las aguas...”

Esta cruz es entonces colocada en medio del templo, adornada con una corona de flores y velas, para que los fieles la veneran. Es un momento de especial solemnidad, y la cruz permanece allí hasta la celebración de Vísperas el Viernes Santo en la mañana.

Después de la lectura del sexto evangelio, se canta las Bienaventuranzas (tomados de Mateo 5), en que se da especial énfasis a la salvación otorgada al buen ladrón quien fue reconocido en el Reino de Cristo.

El día Viernes Santo en la mañana, se celebra las Horas Reales (Primera, Tercera, Sexta y Novena), en que se vuelven a leer los relatos de los Evangelios acerca de la pasión de Cristo, además de lecturas de profecías del Antiguo Testamento acerca de la redención del ser humano, y de las cartas de San Pablo acerca de salvación del ser humano por los sufrimientos de Cristo. Los salmos que se leen en esta oportunidad también son de carácter profético (por ejemplo, los Salmos 2, 5, 22, 109, 139, etc.)

No se celebra la Divina Liturgia en el Viernes Santo por la misma razón que se prohíbe la celebración eucarística en los días de ayuno de la Gran Cuaresma. (ver explicación anterior)

12. SÁBADO SANTO

El día Sábado Santo en la iglesia recibe el nombre del Sábado Bendito, y el primer oficio de este día, que se celebra después de la lectura de las Horas o bien el Viernes Santo en la tarde, es el oficio de las Vísperas del Viernes Santo. Conmemora la sepultura de Cristo.

Antes del comienzo al oficio, se coloca un ícono pintado en tela sobre la mesa del altar, el cual demuestra el Cristo yacente después de ser bajado de la cruz. Este ícono se llama, en griego, el epitafio.

Se inician las Vísperas con himnos acerca del sufrimiento y muerte de Cristo. Después de la Entrada con el Libro de los Evangelios y el himno Luz Radiante, se leen unas lecturas del libro de Éxodo, de Job y de Isaías 52. Luego se lee la Epístola tomada de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios. (I Corintios 1,18-31) El prokimenon y los versos de la Aleluya son de carácter profético:

Repartieron mis vestiduras entre ellos, y sobre mi túnica echaron suertes. (Salmo 22,18)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Salmo 22,1)

Luego se da lectura al Evangelio, con selecciones de cada uno de los cuatro relatos de la crucifixión y sepultura de Cristo. Durante la lectura del Evangelio, la cruz, que ha estado en medio del templo desde la noche anterior, es envuelta en una sábana blanca y retirada, siendo llevada hasta el santuario, detrás del altar, lugar en que permanece (cubierta siempre por la sábana blanca) hasta la fiesta de la Ascensión del Señor.

Después de más himnos que glorifican la muerte de Cristo, mientras el coro canta el himno de San Simeón, el sacerdote, revestido de ornamentos de color oscuro, incienso el ícono del Cristo yacente, el epitafio, que todavía se encuentra sobre la mesa del altar. Luego, después del Padre Nuestro, mientras se canta el tropario del día, el sacerdote camina alrededor del altar llevando el epitafio sobre su cabeza, sale del santuario en procesión solemne y lo coloca en una mesa que ha sido colocada en la nave del templo y decorada con flores, simbolizando el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. El epitafio es reverentemente puesto allí para la veneración de los fieles.

El Noble José, habiendo bajado Tu Cuerpo purísimo desde el Madero, lo ungió con aromas, y lo envolvió en un lino fino, y lo depositó en sepulcro nuevo. (Tropario de Jueves Santo)

El oficio de Matutinos de Sábado Santo normalmente se celebra el día Viernes Santo en la Noche. Al comienzo del oficio, cuando llegan los fieles a la iglesia, se encuentra el epitafio aún en medio de la nave, en le simbólica tumba. Cada uno se acerca al ícono para venerarlo, expresando su amor por Cristo y su salvadora pasión y santa resurrección al tercer día, que concede la vida al mundo.

Se da comienzo al oficio de Matutinos en la forma habitual, con la entonación de Dios el Señor, el tropario El Noble José, además de los dos siguientes troparios :

Quando descendiste a la Muerte, oh Vida Inmortal, aniquilaste el Infierno con el relámpago de Tu Divinidad. Y cuando levantaste a los muertos que estaban bajo la tierra, clamaron a Ti todos los poderes celestiales, oh Dador de Vida. Gloria a Tu Resurrección, oh Cristo. Gloria a Tu Dominio.

Gloria a Tu Plan de Salvación, oh Unico Amante de la Humanidad.

El ángel que estaba junto al sepulcro dijo a las miróforas, la mirra es apto para los muertos, pero Cristo se ha mostrado libre de corrupción.

Cerca del final del oficio, en lugar de la habitual lectura del salmo, se cantan tres conjuntos de versículos que alaban el Señor Crucificado. Estos versos se conocen como Las Lamentaciones, y son una sublime muestra de la poesía y teología bizantina. Algunos de sus textos, que se cantan reverentemente frente al sepulcro de Cristo, incluyen los siguientes :

Oh Cristo Vida, fuiste colocado en un sepulcro, y los ejércitos angelicales se maravillaron glorificando Tu condescendencia.

Bajaste a la tierra para salvar a Adán, y no encontrándolo allí, oh Soberano, descendiste al Infierno a buscarlo.

Los Serafines temblaron, oh Salvador al verte en la Alturas, inseparablemente uno con el Padre, y abajo en la tierra yaciendo muerto.

Todas la generaciones ofrecen alabanzas a tu sepultura, oh Cristo.

No te lamentes, Madre, porque ahora sufro, es para salvar a Adán y a Eva.

Todos estos versos, aunque cantan de la temible pasión de Cristo, al mismo tiempo reflejan siempre la certeza y alegría de la Resurrección. Los textos glorifican a Dios como “Vida y Resurrección”, y se maravillan ante su humilde condescendencia hasta la muerte.

En la persona de Jesucristo, se encuentra la perfecta unificación del amor perfecto del ser humano hacia Dios, y el amor perfecto de Dios hacia el ser humano. Es este amor divino-humano que se contempla y se alaba frente la tumba del Salvador.

El templo está iluminado con la luz de las velas sostenidas en manos de los fieles, y el primer anuncio de las mujeres que llegaron a la tumba buscando el cuerpo de Cristo resuena en la congregación. “Al alba las miróforas llegaron al sepulcro

a perfumar Tu cuerpo.” El sacerdote rocía a la congregación y el templo entero con agua de rosas, mientras se proclama este primer anuncio de la Buena Nueva de la salvación en la Resurrección de Cristo.

Los himnos del Canon de Matutinos siguen alabando la victoria de Cristo sobre la muerte mediante la suya propia, y utilizan a cada uno de los cánticos del Antiguo Testamento como una imagen prefigurativa de la salvación del ser humano mediante Cristo. Aquí, se expresa por primera vez que este sábado — en particular, este sábado en el cual Cristo yacía muerto y exánime — es el más bendito séptimo día que jamás haya existido. Este es el día en que Cristo descansa de toda su obra de la recreación del mundo. Este es el día en que el Verbo de Dios “por quién todo fue hecho” (Juan 1,3) descansa como un hombre muerte en la tumba, salvando al mundo, su propia creación, y abriendo las tumbas.

Este es el sábado bendito en que Cristo duerme, mas se levantará de nuevo al tercer día. (Kontakion y Oikos del Sábado Santo)

Nuevamente, el Canon se concluye proclamando la victoria de Cristo :

No llores por mi, oh Madre, viéndome en al tumba, el Hijo a quien diste a luz sin corrupción, pues me levantaré y seré glorificado, y exaltaré con gloria, sin cesar, como Dios, a todos los que con fe y amor te glorifican. (Novena Oda del Canon.)

Después de la entonación de más himnos, el sacerdote nuevamente inciensa la tumba de Cristo, mientras se canta la Doxología. Luego, mientras todos cantan el Trisagion (Santo Dios), velas encendidas en mano, todos los presentes forman una procesión. Cuatro miembros de la congregación llevan el epitafio sobre la cabeza del sacerdote, quien lleva el libro de los Santos Evangelios en sus manos. La procesión va hasta las afueras del templo. Esta procesión da testimonio a la victoria total de Cristo sobre los poderes de la oscuridad y de la muerte. El universo entero es purificado, redimido y restaurado mediante la entrada de la Vida del Mundo a la muerte.

Mientras la procesión vuelve al templo, nuevamente se cantan los troparios, y se lee con gran solemnidad la profecía de Ezequiel acerca de los “huesos secos” de Israel:

Y vosotros sabréis que Yo soy el Señor, cuando abra tus tumbas, oh pueblo mío. Yo pondré mi espíritu entre vosotros, y viviréis...” (Ezequiel 37,1-14)

Luego se cantan los versos del salmo que llaman a Dios a levantarse, y entonces se lee la epístola de San Pablo a los Corintios: “Cristo nuestro cordero pascual ha sido sacrificado.” (I Corintios 5,6-8) Una vez más se lee el Evangelio que relata cómo la tumba de Cristo fue sellada, y el oficio, el último celebrado el Viernes Santo en la noche, se concluye con oraciones de intercesión y la bendición final.

Estos oficios de Vísperas y Matutinos del Sábado Bendito, junto a la Divina Liturgia que se celebra a continuación (el Sábado Santo por la mañana), son en verdad una obra maestra de la tradición litúrgica ortodoxa. No son, de ninguna manera, en re-actuación dramática de la muerte y sepultura históricas de Cristo. Tampoco son una especie de reproducciones rituales de algunas escenas de los evangelios. Son, mas bien, la más profunda penetración espiritual y litúrgica al significado eterno de los acontecimientos salvíficos de Cristo, vistos y alabados desde ya con total conocimiento de su significado y poder divinos.

La Iglesia no hace como si desconociera qué va a suceder con el Jesús crucificado. No se lamenta por el Señor como si ella no fuera la misma creación que brota de su costado herido y de las profundidades de su tumba. A través de todos los oficios, se contempla y se proclama la victoria de Cristo y su Gloriosa Resurrección. Pues es únicamente a la luz de la victoriosa resurrección que el más profundo significado divino y eterno de los acontecimientos de la pasión y muerte de Cristo pueden ser verdaderamente comprendidos, adecuadamente apreciados, y correctamente glorificados y alabados.

En la mañana del Gran Sábado Santo, se celebra la Divina Liturgia de San Basilio el Mago¹², con Vísperas. Este oficio ya pertenece al domingo pascual. Comienza como de costumbre con el salmo vespertino, la letanía, los himnos que siguen al Salmo 140(141), y la entrada con la entonación del himno vespertino Radiante Luz.

Después de la entrada con el libro de los Santos Evangelios, se leen quince lecturas del Antiguo Testamento¹³, todas relacionadas con la obra creativa y salvífica que ha sido resumida y cumplida en la venida del Mesías. Además de las lecturas de Génesis acerca de la creación, y las de Éxodo acerca de la pascua - éxodo de los israelitas, se leen

selecciones de Isaías, Ezequiel, Jeremías, Daniel, Zefanías, y Jonás, además de Josué y Reyes. También se cantan el Cántico de Moisés y el de los Tres Jóvenes que se encuentran en el libro de Daniel.

Después de estas lecturas del Antiguo Testamento, el sacerdote entona la habitual exclamación litúrgica para el Trisagion (Santo Dios), pero en su lugar se canta el verso bautismal de la Carta a los Gálatas: Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis. Aleluya. (Gálatas 3,27)

Como siempre en la Divina Liturgia, sigue en este momento la lectura de la epístola. Se lee la epístola que normalmente se lee durante el oficio del bautismo en la Iglesia Ortodoxa. (Romanos 6,3-11) “Porque si fuimos sepultados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.” (Romanos 6,5)

Después de la lectura de esta epístola, el sacerdote abre las Puertas Reales (que permanecían cerradas durante la lectura) y canta, junto a la congregación, los versos del Salmo 82: “Levántate oh Dios, y juzga la tierra. Porque Tú heredas todas las naciones.” Durante la repetida entonación de este versículo y otros versos que lo acompañan, el sacerdote pasa por todo el templo, esparciendo hojas de laurel (o bien pétalos de flores), tanto en el santuario como la nave, e incluso hasta las afueras del templo. Esta acción es también simbólica de la gozosa victoria eterna de Cristo Nuestro Dios y Salvador sobre la muerte.

Después de este alegre anuncio, el sacerdote lee el Evangelio prescrito por el día, tomado de San Mateo (28,1-20), anunciando la victoria triunfal de Cristo sobre la muerte y sus palabras de envío a los apóstoles: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...” Este mismo texto es el que se lee en la ceremonia del sacramento del bautismo.

Prosigue el resto de la Divina Liturgia, resplandeciente con el tema del triunfo de Cristo. El siguiente himno reemplaza el Himno de los Querubines en el Ofertorio:

“Que toda carne guarde silencio en temor y temblor, que aleje de sí todo pensamiento terrestre, pues el Rey de Reyes, y el Señor de Señores avanza para ser inmolado y darse en alimento a los fieles. Los coros angélicos lo

preceden con todos los principados, las virtudes, los querubines de innumerables ojos, y los serafines de seis alas, que se cubren el rostro y cantan, Aleluya, aleluya, aleluya!

En lugar del himno a la Theotokos después de la consagración de los dones eucarísticos (Verdaderamente es digno bendecirte, oh Progenitora de Dios), se canta la Megalinaría de la Liturgia de San Basilio (Toda la creación se regocija en Ti, oh Llena de Gracia), o bien, la novena oda del canon de Matutinos, “No lamentos por mí, oh Madre mía, pues yo me levantaré...” El himno de la comunión es tomado del salmo 78: “El Señor se levantó como el que duerme y resucitó para salvarnos. ¡Aleluya!”

Se cumple la Divina Liturgia con la comunión con Aquel que yace muerto en cuerpo humano pero que es eternamente entronizado con Dios Padre; Aquel que, como Creador y Vida del Mundo, destruye la muerte con Su Muerte Vivificadora. Su tumba es, en verdad, fuente de nuestra resurrección.

Originalmente, esta Liturgia era la liturgia bautismal pascual de los cristianos. Hasta el día de hoy lo tenemos en herencia como la experiencia anual de cada cristiano de su propia muerte y resurrección junto al Señor.

“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte ya no enseñorea más de él.” (Romanos 6,8-9)

Aunque Cristo yace muerto, Él en verdad está vivo. Está en la tumba, pero ya está “pisoteando la muerte con la muerte, y otorgando la vida a los que yacían en los sepulcros.” No queda nada más por hacer, excepto vivir la espera hasta el atardecer del Sábado Bendito en que Cristo duerme, esperando la medianoche cuando el Día de Nuestro Señor comenzará a brillar sobre nosotros, y la noche llena de luz vendrá cuando proclamamos junto al ángel, “Ha resucitado; no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron.” (Marcos 16,6)

13. DOMINGO DE RESURRECCIÓN: LA PASCUA SANTA Y GLORIOSA

Un poco antes de la medianoche en el Gran Sábado Bendito, se celebra el oficio de Nocturno. El celebrante se acerca a la tumba¹⁴, y toma de allí el icono del Cristo yacente para llevarlo hasta la mesa del altar donde permanecerá

durante 40 días, hasta la fiesta de la Ascensión de Cristo a los cielos.

Llegada la medianoche, se da comienzo a la procesión pascual. El templo se encuentra oscuro, sin la luz de ni siquiera una vela. El Obispo, o bien el celebrante principal, quien ahora sostiene una vela encendida en sus manos, llama a los fieles desde las Puertas Reales del Iconostasio cantando:

“Adelante, tomad la luz de la Luz Eterna. Venid, y glorificad a Cristo resucitando de entre los muertos.”

Mientras los fieles repiten el himno, todos se acercan a esta primera luz a encender también sus velas. Entonces todos salen del templo en procesión, cantando el siguiente himno:

Tu Resurrección, oh Cristo Salvador, los ángeles en el cielo alaban. Haznos dignos a nosotros de glorificarte con corazones puros.

La procesión procede alrededor de la iglesia, hasta que todos lleguen a las puertas principales del templo, que se encuentran cerradas. Esta procesión de los cristianos en la noche de Pascua de Resurrección recuerda la procesión bautismal original, desde la oscuridad y muerte de este mundo hasta la luz y vida del Reino de Dios. Es la procesión de la pascua santa, el pasar desde la muerte a la vida, de la tierra al cielo, desde este siglo al siglo venidero que es eterno.

Delante de las puertas cerradas del templo, se anuncia la resurrección de Cristo. Se lee el Evangelio que habla de la tumba vacía. El celebrante entona la bendición a la “Trinidad santa, consustancial, vivificadora e indivisible.” Y por primera vez, se canta el tropario de la Pascua de Resurrección, junto a los versos del Salmo 68, que dará comienzo a todos los oficios de la iglesia durante el tiempo pascual.

Levántese Dios, sean dispersados sus enemigos; que los que le odian huyen de él

Cristo resucitó de entre los muertos, pisoteando la muerte con la muerte, y otorgando la vida a los que yacían en los sepulcros. (Troparion)

Este es el día que hizo el Señor; Regocijémonos y alegrémonos en él.

Luego los fieles vuelven al templo, y prosigue el resto del oficio de Matutinos Pascuales, el cual es completamente

cantado. El Canon de la resurrección de Cristo, himno atribuido a San Juan de Damasco, es entonado, con el tropario de la fiesta cantado repetidamente como coro. El templo está decorado de flores y luz, y los ornamentos son del color claro y brillante de la Resurrección. El ícono de la Resurrección de Cristo está en medio del templo, mostrando a Cristo que destruye las puertas del infierno y rescata a Adán y Eva del cautiverio de la muerte.¹⁵ Es la imagen del Vencedor “pisoteando la muerte con la muerte.” Los cánticos son continuos, y el celebrante incienso a los fieles y a los íconos una y otra vez, siempre proclamando: ¡Cristo resucitó! Y los fieles responden con regocijo, ¡En verdad resucitó!

Hoy es el día de la Resurrección! ¡Resplandezcamos con alegría, oh naciones! Porque la Pascua es la Pascua del Señor. Porque Cristo Nuestro Dios nos hecho pasar de la muerte a la vida, y de la tierra al cielo. Nosotros que le cantamos el cántico de victoria y de triunfo: Cristo ha resucitado de entre los muertos! (1º Oda del Canon de Matutinos)

Después del canon, se cantan los versos de la pascua, y al final de Matutinos, también se celebran las Horas de la Pascua. En general, en los oficios de la Pascua de Resurrección, no se lee ninguna parte del oficio; todo es cantado a las melodías jubilosas de la fiesta.

La Divina Liturgia Pascual procede de inmediato, comenzando primero con el cántico del tropario de la Fiesta y los versos del Salmo 68. Versos especiales tomados de los salmos también componen las antífonas de la Liturgia, mediante los cuales los fieles glorifican y alaban la salvación de Dios.

Se canta una y otra vez el Tropario de la Resurrección: ¡Cristo resucitó de entre los muertos! El verso bautismal de la carta de San Pablo a los Gálatas nuevamente reemplaza el Trisagion. La lectura de la Epístola es tomado de los Libro de los Hechos de los Apóstoles (1,1-9). La lectura del Evangelio es el Evangelio de San Juan, 1,1-17. La proclamación del Verbo de Dios lleva a los fieles hasta el principio, anunciando la creación y la re-creación del mundo mediante el Verbo Vivo de Dios, Su Hijo Jesucristo.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. ...Todas las cosas por él fueron hechas ... En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. ... Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre. ...

De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. (Juan 1,1-17)

La Divina Liturgia continúa, coronada en santa comunión con el Cordero Pascual, en Su Mesa de banquete en el Reino de Dios. Repetidamente se entona el tropario de la fiesta de la Resurrección mientras los fieles participan de Aquel “que estuvo y vivió.” (Apocalipsis 2,8)

En la Iglesia Ortodoxa, se refiere a la Resurrección como la Pascua, lo que quiere decir el Pasar. Es la nueva Pascua de la Alianza Nueva y Eterna predicha por los profetas de antaño. Es la Eterna Pascua desde la muerte a la vida, de la tierra al cielo. Es el Día del Señor, proclamado por los santos profetas de Dios, “el día que hizo el Señor,” para su juicio sobre la creación entera, el día de su victoria final y eterna. Es el Día del Reino de Dios, el día en que “no habrá allí más noche” pues “el Cordero es su lumbrera.” (Apocalipsis 21,22-25)

La celebración de la Pascua en la Iglesia Ortodoxa, por lo tanto, no es un simple recordatorio histórico del acontecimiento de la Resurrección de Cristo como es narrado en los evangelios. No es una representación dramática de la primera mañana pascual. El oficio no se celebra al amanecer, ya que los Matutinos Pascuales junto a la Divina Liturgia son celebrados en las primeras oscuras horas del primer día de la semana con el propósito de dar a los seres humanos la experiencia de la “nueva creación” del mundo, y permitirles entrar místicamente a la Nueva Jerusalén que resplandece eternamente con la gloriosa luz de Cristo, venciendo la noche perpetua del mal y destruyendo la oscuridad de este mundo mortal y lleno de pecado:

Resplandece, resplandece, Nueva Jerusalén. Pues la gloria del Señor ha brillado sobre ti. Alborózate ahora y alégrate Sión. Oh Purísima Madre de Dios, regójate por la Resurrección de Tu Hijo.

Este es uno de los principales himnos de la Pascua de Resurrección en la Iglesia Ortodoxa. Se inspira en el libro del Profeta Isaías y en los últimos capítulos del Apocalipsis, pues es justamente la Nueva Creación, la Nueva Jerusalén, la Ciudad Celestial, el Reino de Dios, el Día del Señor, las Bodas del Cordero con su Esposa que se celebra, se realiza y se

experimenta, en el Espíritu Santo de Dios, en la Santa Noche de la Pascua de Resurrección en la Iglesia Ortodoxa.

El Domingo de la Pascua de Resurrección en la tarde, se celebra el oficio de vísperas. Es una celebración especial, a que se da comienzo en las afueras del templo. Los celebrantes junto a los fieles, caminan en procesión hasta el templo, llevando el icono de la Resurrección. En este oficio se lee el Evangelio de San Juan (20,19-24), que relata la primera aparición de Jesucristo resucitado a sus discípulos aquel mismo día de Pascua. Según la tradición antioqueña, este Evangelio se lee en todos los idiomas posibles, de modo que se anuncie la Buena Nueva de la Resurrección del Señor a todos los pueblo.¹⁶

RESUMEN DE LOS OFICIOS DE SEMANA SANTA :

Sábado de Lázaro	Divina Liturgia
Domingo de Ramos	Divina Liturgia
Matutinos de Lunes Sto.	
Lunes Santo	Lit. Presantificados
Matutinos de Martes Sto.	
Martes Santo	Lit. Presantificados
Matutinos de Miércoles Sto.	
Miércoles Santo	Lit. Presantificados
Unción de los Enfermos	
Jueves Santo	Vísperas y Lit. Sn. Basilio
Matutinos de Viernes Sto.	
Viernes Santo	Horas Reales
Vísperas Matutinos de Sábado Sto.	
Sábado Santo	Vísperas y Lit. Sn. Basilio
Nocturna, Matutinos y	
Divina Liturgia de la	Resurrección
Pascua de Resurrección	
Vísperas	

14. LOS DOMINGOS DESPUÉS DE LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

EL DOMINGO DE SANTO TOMAS: ANTIPASCUA

Todos los días durante la semana después de la Pascua, que la Iglesia llama la Semana de Luces, se celebran los oficios pascuales en todo su esplendor. Diariamente se repite la procesión bautismal. Las Puertas Reales del santuario permanecen abiertas. Abunda el regocijo de la Resurrección y el don del Reino de la Vida Eterna. Luego, al final de la semana, en la tarde del sábado, se comienza la

celebración del Segundo Domingo de la Pascua de Resurrección en memoria de la aparición de Cristo al Apóstol Tomás “después de ocho días”. (Juan 20,26)

Es importante recordar que el número ocho tiene un significado simbólico tanto en la tradición espiritual judía como en la cristiana. Significa más que cumplimiento y plenitud: significa el Reino de Dios y la vida del mundo venidero, ya que siete es el número del tiempo terrenal. El sábado, el séptimo día, es el bendito día de descanso en este mundo, el último día de la semana. El “primer día de la semana”, el día “después del sábado”, que en todos los Evangelios es recalcado como el día de la Resurrección de Cristo (Marcos 16,1; Mateo 28,1; Lucas 24,1; Juan 20,1.19), es por lo tanto también el “octavo día”, el día más allá que los confines de la tierra, el día que simboliza la vida del mundo venidero, el día del eterno descanso del Reino de Dios. (Ver Hebreos 4.)

El Domingo después de la Pascua de Resurrección, llamado el Segundo Domingo, es entonces el octavo día de la celebración pascual, el último día de la Semana de Luces. Por lo tanto recibe el nombre de la Anti-Pascua, y era solamente en este día en la Iglesia primitiva que los cristianos recién bautizados quitaron sus túnicas bautismales y volvieron a entrar nuevamente a la vida de este mundo.

En los oficios de la Iglesia, se da énfasis a la visión del Apóstol Tomás de Cristo, y en el significado del día llega a nosotros mediante las palabras del Evangelio:

“Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo, Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.” (Juan 20,27-29)

No hemos visto a Cristo con nuestros ojos físicos ni tampoco hemos tocado su cuerpo resucitado con nuestras manos, mas en el Espíritu Santo hemos visto y tocado y gustado de la Palabra de la Vida (I Juan 1,1-4), y así es que creemos.

En cada uno de los oficios de oración diarios hasta la Fiesta de la Ascensión, cantamos el Tropario de la Resurrección. En cada uno de los oficios dominicales a partir del domingo de Santo Tomás, cantamos el Canon de la Resurrección y sus himnos, y repetimos la celebración del “primer día de la semana” en que Cristo resucitó de entre los

muerdos. En cada Divina Liturgia, la lectura de la epístola es tomada del Libro de los Hechos de los Apóstoles, contándonos acerca de los primeros cristianos quienes vivían en comunión con el Señor Resucitado. Todas las lecturas del Evangelio son tomadas del Evangelio según San Juan, considerado por muchos como un evangelio escrito especialmente para los nuevos bautizados en la vida nueva del Reino de Dios, mediante la muerte y la nueva vida en Cristo, en nombre de la Santísima Trinidad. Se piensa esto porque todos los “signos”, como se refieren a los milagros en el Evangelio de San Juan, tratan de temas sacramentales que involucran agua, vino y pan. Así, cada uno de los domingos después del Domingo de Santo Tomás, con la excepción del Tercero, es dedicado a la memoria de uno de estos “signos”.

LAS MUJERES MIRÓFORAS

Se dedica el tercer domingo después de la Pascua a las mujeres miróforas quienes cuidaron del cuerpo de Cristo en su muerte y quienes fueron los primeros testigos de Su Resurrección. Nuevamente se cantan los tres troparios del día Viernes Santo, los cuales expresan el tema del día:

El Noble José habiendo bajado Tu Cuerpo Purísima desde el madero, lo ungió con aromas, lo envolvió en un fino lino, y lo depositó en un sepulcro nuevo.

Cuando descendiste a la muerte, oh Vida Inmortal, aniquilaste el Infierno con el relámpago de Tu Divinidad. Y cuando levantaste a los muertos que estaban bajo la tierra clamaron a Ti todos los poderes celestiales. Oh Cristo Dios, Dador de Vida, Gloria a Ti, oh Nuestro Dios.

El ángel que estaba junto al sepulcro dijo a las miróforas : La mirra es apta para los muertos, pero Cristo se ha mostrado libre de corrupción.

EL PARALÍTICO

Se dedica el cuarto domingo a la curación por Cristo del hombre paralítico (Juan 5). El hombre es sanado por Cristo mientras espera ser bajado a la piscina de agua. Mediante el bautismo, nosotros también, en la Iglesia, somos sanados y salvados por Cristo para la vida eterna. En la Iglesia se nos dice, junto al paralítico, “No peques más, para que no te venga alguna cosa peor.” (Juan 5,14)

LA FIESTA A LA MITAD DEL CAMINO HASTA PENTECOSTÉS

A la mitad de esta semana, se celebra solemnemente el día justo al medio del tiempo entre la Resurrección y la Fiesta

de Pentecostés. Se llama la fiesta en que Cristo, justo a la mitad de la fiesta, enseña a los seres humanos acerca de su misión salvadora y ofrece a todos “las aguas de la inmortalidad”. (Juan 7,14) Nuevamente nos recuerda la presencia del Maestro y de su promesa salvadora: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.” (Juan 7,37) Pensamos una vez más en nuestra muerte y resurrección junto a Cristo por nuestro bautismo, y nuestra recepción del Espíritu Santo en la Crismación. Como dice uno de los himnos de la fiesta, “miramos hacia atrás a una, y anticipamos la otra.” Sabemos que pertenecemos a aquel Reino del Cristo Resucitado donde “el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, toma del agua de la vida gratuitamente.” (Apocalipsis 22,17; Isaías 55,1)

En medio de la fiesta, oh Salvador, llena mi alma sedienta con las aguas de lo divino, tal como clamaste a todos “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.” Oh Cristo Dios, fuente de vida, gloria a Ti. (Tropario)

Cristo Dios, el Creador y Soberano de todo, exclamó a todos en medio de la fiesta de la ley : Ven y beba el agua de la inmortalidad. Por eso, nos postramos ante Ti y fielmente clamamos: Concédenos tus bondades, pues Tú Eres la Fuente de Nuestra Vida! (Kontakion)

LA MUJER SAMARITANA

El quinto domingo después de la Pascua es dedicado a la mujer de Samaria con quien habló Cristo en el pozo de Jacob. (Juan 4) El tema de este día es, nuevamente, el agua viva, y el reconocimiento de Cristo como el Mesías de Dios. (Juan 4,10-11; 25-26) Nos recuerda de nuestra vida nueva en El, de nuestro propio “beber del agua viva, de nuestra adoración de Dios en la era mesiánica cristiana “en Espíritu y en Verdad” (Juan 4,23-24). También vemos que la salvación es ofrecida a todos, judíos y gentiles, varones y mujeres, santos y pecadores.

EL HOMBRE CIEGO

En el sexto domingo se conmemora la curación del hombre ciego desde su nacimiento. (Juan 9) Nos identificamos con el varón que llegó a ver y creer en Jesús como el Hijo de Dios. El Señor ha ungido nuestros ojos con sus propias manos divinas y los ha lavado con las aguas de nuestro bautismo. (Juan 9,6-11)

Jesús usó lodo hecho con su saliva, y le dijo al hombre que se lavara en las aguas de Siloé. Jesús así lo hizo porque era el sábado, el Día de Reposo, en que era estrictamente prohibido hacer lodo, escupir, y lavarse. Al romper estas leyes rituales de los judíos, Jesús demostró que en verdad Él es el Señor del Sábado, y como tal, él es igual a Dios Padre, el Único que trabaja en el Día del Sábado ya que Él dirige el mundo de Su creación.

Un escándalo trasciende sobre el hecho de haber sanado al ciego en el Día de Reposo. Él es expulsado de la sinagoga debido a su fe en Cristo. La Iglesia entera sigue a este hombre en su destino, sabiendo que los verdaderos ciegos son aquellos que no reconocieron a Jesús como el Señor y que ellos aun permanecen en sus pecados. (Juan 9,41) Los demás tienen la luz de la vida y pueden ver y conocer al Hijo de Dios, pues “le has visto, y el que habla contigo, él es.” (Juan 9,37)

Me acerco a Ti, oh Cristo, ciego desde nacimiento en mis ojos espirituales, y clamo a Ti arrepenido: Tú eres la luz radiante de aquellos que están en las tinieblas. (Kontakion)

15. LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DE CRISTO

Jesús no vivió junto a sus discípulos después de Su Resurrección como lo hizo antes de su muerte. Lleno de la gloria de su divinidad, apareció a los suyos en distintos lugares y en distintos momentos, asegurándoles que en verdad era Él, vivo en su cuerpo resucitado y glorificado.

Después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del Reino de Dios. (Hechos 1,3)

Se utiliza el periodo de tiempo de cuarenta días en la Biblia a menudo. Significa un periodo de cumplimiento y plenitud. (Génesis 7,17; Éxodo 16,35; 24,18; Jueces 3,11; I Samuel 17,16; I Reyes 19,8; Jonás 3,4; Mateo 4,2).

Cuarenta días después de su pascua, Jesús ascendió a los cielos para ser glorificado a la diestra del Padre. (Hechos 1,9-11; Marcos 16,19; Lucas 24,51) La Ascensión de Cristo es su partida física final de este mundo después de Su Resurrección. Es el cumplimiento formal de su misión en este mundo como el Salvador Mesiánico. Es su glorioso retorno al Padre quien lo había enviado al mundo para llevar a cabo la obra que le había designado. (Juan 17,4-5)

Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo. (Lucas 24,51-52)

La celebración que la Iglesia hace en esta fiesta, tal como en todas las demás fiestas de este tipo, no es un simple recordatorio de algún acontecimiento en la vida de Jesús. Por cierto, la propia Ascensión no ha de entenderse como un evento sobrenatural de un hombre flotando hacia arriba al cielo. Las Sagradas Escrituras enfatizan la partida física de Cristo y su glorificación con Dios Padre, junto al gran regocijo que experimentaron los discípulos al recibir la promesa del Espíritu Santo quien vendría para asegurarles la presencia del Señor con ellos, capacitándoles para ser sus testigos hasta los confines de la tierra. (Lucas 24,48-53; Hechos 1,8-11; Mateo 28,16-20; Marcos 16,16-19)

En la Iglesia, los creyentes celebran estas mismas realidades con la convicción de que la partida de Cristo desde este mundo ha sucedido para ellos y para la humanidad entera. El Señor se va para que sea glorificado junto a Dios Padre y para glorificarnos a nosotros juntamente con Él. Él se va para que pueda preparar un lugar para nosotros, y para llevarnos todos a la dicha y bienaventuranza de la presencia de Dios. Nos abre el camino para que todos podamos entrar “el santuario celestial... el Lugar santo no hecho por manos humanas.” (Ver Hebreos 8 al 10) Se va para poder enviar el Espíritu Santo, quien procede del Padre, y dará testimonio acerca de Él y Su Evangelio en el mundo, haciéndolo poderosamente presente en las vidas de sus discípulos.

Los himnos litúrgicos de la fiesta de la Ascensión hablan de todo esto. Los versos para las antífonas de la Divina Liturgia son tomados de los salmos 47, 48 y 49. El tropario de la fiesta que se canta en la Pequeña Entrada es cantada también después de la comunión, en lugar del himno “Hemos Visto la Luz Verdadera.”

Ascendiste con gloria, oh Cristo Dios Nuestro, y regocijaste a tus discípulos con la promesa del Espíritu Santo. Porque creyeron en la bendición de que Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. (Tropario)

Cuando cumpliste la dispensación por nosotros, y uniendo los terrenales con los celestiales, ascendiste con gloria, oh Cristo Dios Nuestro, no dejando a los que Te aman,

sino permaneciendo junto a ellos y exclamando, Estoy con vosotros y nadie podrá contra vosotros! (Kontakion)

16. PENTECOSTES : EL DESCENDIMIENTO DEL ESPIRITU SANTO

En el Antiguo Testamento, Pentecostés era la fiesta que acontecía a los cincuenta días después de la Pascua de los judíos. En cuanto la pascua celebraba el éxodo de los israelitas de la esclavitud de Egipto, así Pentecostés celebraba el don de Dios de los Diez Mandamientos a Moisés en el Monte de Sinaí.

En la Nueva Alianza del Mesías, el acontecimiento de la Pascua cobra su nuevo significado como la celebración de la muerte y resurrección de Cristo, el “éxodo” de los seres humanos desde este mundo de pecado, al Reino de Dios. Así también en el Nuevo Testamento, la fiesta de Pentecostés es cumplida y renovada por la venida de la “nueva ley”, el descendimiento del Espíritu Santo sobre los discípulos.

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como un viento recio que soplabla, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo. (Hechos 2,1-4)

El Espíritu Santo que Cristo había prometido a sus discípulos llegó en el día de Pentecostés. (Juan 14,26; 15,26; Lucas 24,49; Hechos 1,5) Los apóstoles recibieron el “poder de lo alto”, y comenzaron a predicar y atestiguar a Jesús como el Cristo Resucitado, el Rey y el Señor. Tradicionalmente se refiere a este momento como el “cumpleaños” de la Iglesia.

En los oficios litúrgicos de la fiesta de Pentecostés, se celebra la venida del Espíritu Santo junto a la revelación plena de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se manifiesta la plenitud de la divinidad con la venida del Espíritu Santo al ser humano, y los himnos de la Iglesia celebran esta manifestación como al acto final de la auto-revelación de Dios al mundo, y el don de Sí mismo al mundo de su creación. Por esto, el Domingo de Pentecostés, de acuerdo a la tradición Cristiana Ortodoxa, también se conoce como el Domingo de la Trinidad. En este día el icono de la Santísima Trinidad — particularmente el de las tres figuras angélicas que aparecieron a Abraham,¹⁷ el ancestro de la fe cristiana, — es colocado en medio del templo. Se utiliza este icono junto al

tradicional icono de Pentecostés que demuestra las lenguas de fuego sobre las cabezas de María y los Doce Apóstoles, el prototipo original de la Iglesia, ellos mismos sentados en unidad alrededor de la imagen simbólica del “cosmos”, el mundo.

En el día de Pentecostés tenemos el cumplimiento final de la misión de Jesucristo, y el primer comienzo de la era mesiánica del Reino de Dios, místicamente presente en este mundo en la Iglesia del Mesías. Por lo tanto, el día cincuenta es el inicio de la época que está más allá de las limitaciones de este mundo, cincuenta siendo el número que representa el cumplimiento eterno y celestial en la espiritualidad mística, tanta judía como cristiana: siete veces siete, más uno.

Así, se le llama a Pentecostés el día apocalíptica, que significa el día de la revelación final. También se le llama el día escatológico, que significa el día del final perfecto (en griego, la palabra *eschaton* quiere decir “el final”).) Pues cuando llega el Mesías y el día del Señor está pronto, se inauguran los “últimos días” en que “Dios declara . . . Derramaré mi espíritu sobre toda carne.” Esta es la antigua profecía a la cual se refiere el Apóstol Pedro en el Primer Sermón de la Iglesia Cristiana que fue predicado en el primer Domingo de Pentecostés. (Hechos 2,17; Joel 2,28-32)

Nuevamente debemos insistir que la celebración de Pentecostés nos es un mero recordatorio de un acontecimiento que sucedió hace muchísimo tiempo. Es la celebración de lo que debe suceder y lo que, de hecho, sucede a cada uno de nosotros hoy en la Iglesia. Todos nos hemos muerto y resucitado junto al Mesías-Rey, y todos hemos recibido el Santísimo Espíritu. Somos “templos del Espíritu Santo.” El Espíritu de Dios habita en nosotros. (Romanos 8; I Corintios 2 al 3, 12; II Corintios Gálatas 5; Efesios 2 al 3) Nosotros, ya que pertenecemos a la Iglesia, hemos recibido “el sello del don del Espíritu Santo” en el sacramento de la Crismación. Pentecostés ya ha acontecido en **cada uno de** nosotros.

La Divina Liturgia de Pentecostés recuerda nuestro bautismo en Cristo con el versículo de la carta a los Gálatas nuevamente reemplazando el Trisagion, Santo Dios.¹⁸ Las lecturas de la Epístola y del Evangelio hablan de la venida del Espíritu Santo al ser humano. El kontakion canta de cómo la confusión de Babel fue revertida al reunir Dios a todas las naciones en la unidad de Su Espíritu. El tropario proclama la reunión del universo entero en la red de Dios, mediante la inspirada obra de los pescadores convertidos en apóstoles. Por primera vez desde la Pascua de Resurrección, se vuelve

a cantar los himnos “Oh Rey Celestial”¹⁹ y “Hemos Visto la Luz Verdadera”²⁰, llamando al Espíritu Santo a que venga a habitar en nosotros, y proclamando que “hemos recibido al Espíritu Celestial.” El templo está adornado con flores y ramas y hojas verdes, para demostrar que el Aliento divino de Dios viene como el “Espíritu Vivificador”. En Hebreo, la palabra que quiere decir Espíritu, aliento y viento es una sola, ruaj.

Bendito eres Tú, oh Cristo Nuestro Dios, que mostraste a los pescadores llenos de sabiduría, derramando sobre ellos el Espíritu Santo. Y por medio de ellos el universo conquistaste. Oh Amante de la Humanidad, Gloria a Ti. (Tropario)

Cuando el Altísimo descendió y confundió las lenguas, El dividió las naciones. Mas cuando distribuyó las lenguas de fuego, llamó a todos a la unidad. Por lo tanto, unánimes, glorificamos el Santísimo Espíritu. (Kontakion)

El oficio de Vísperas Mayores de Pentecostés es caracterizado por tres largas oraciones durante las cuales los fieles se arrodillan por primera vez desde la Resurrección.²¹ En la Iglesia Ortodoxa, el día Lunes después de Pentecostés se conoce como la fiesta del Espíritu Santo, y el domingo después de Pentecostés es la fiesta de Todos los Santos. Esta es la secuencia litúrgica ya que la venida del Espíritu Santo es cumplida en los seres humanos cuando lleguen a ser santos, y esto es el propósito verdadero de la creación y salvación del mundo. “Así dice el Señor: Vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque Yo, Tu Dios, soy santo.” (Levítico 11,45-46; I Pedro 1,15-16)

17. LA NATIVIDAD DE CRISTO

En la Iglesia Ortodoxa, la celebración de la fiesta de la Natividad de Cristo está diseñada según la celebración de Su Resurrección. Un ayuno de cuarenta días precede la fiesta, con días preparatorios especiales que anuncian el pronto nacimiento del Salvador. Así en el día de San Andrés (30 de noviembre) y el día de San Nicolás (6 de diciembre), se cantan himnos que anuncian el nacimiento del Señor que luego acontecerá.

Prepárate tú, oh pesebre, pues se aproxima la oveja, llevando a Cristo en sus entrañas. Adórnate, tú, oh caverna, para recibir a quien por su palabra cambió nuestra animalidad, a nosotros todos los terrenales. Oh pastores, velad y dad testimonio del temible milagro; y vosotros oh magos, llegando de Persia, traed sus regalos al Rey, oro,

incienso y mirra. Pues se aproxima la Virgen, llevando a Cristo en sus entrañas y clamando: ¡Cómo fuiste plantado en mí, y cómo has crecido de mí, oh Dios y Salvador mío. (Himno Vespertino de la Fiesta de San Nicolás)

En la víspera de la Navidad por la mañana, se celebran las Horas Reales y la Divina Liturgia de San Basilio con Vísperas. Durante estos oficios, se leen las profecías del Antiguo Testamento, con especial énfasis en la profecía de Miqueas que anuncia el lugar natal del Salvador como Belén, y las profecías de Isaías acerca de la venida del Mesías y cómo será Él.

Por tanto, el Señor mismo os dará señal; He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel. (Isaías 7,14)

Dios está con nosotros. Tomad consejo, y será anulado; proferid palabra, y no será firme; porque Dios está con nosotros. (Isaías 8,10)

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite. (Isaías 9,6-7)

Se da comienzo a la Vigilia de la Navidad con Completas Mayores, con la solemne entonación de “Dios con Nosotros” y las palabras de la profecía de Isaías. En el oficio de Completas también se cantan el Tropario y el Kontakion de la fiesta, junto a otros himnos que glorifican el nacimiento del Salvador. También se rezan las especiales letanías largas de intercesión con la solemne bendición de los cinco panes, trigo y vino, de los cuales los fieles participan, y el aceite con que son ungidos. Se realiza esta parte de la vigilia en todas las grandes fiestas, y se llama artoklasia, una palabra griega que quiere decir “el partir del pan”.²²

Al inicio de Matutinos de la Navidad, que junto al oficio de Completas forman la Vigilia de la Navidad, los seis salmos matinales comienzan como siempre: Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. (Lucas 2,14)

En los oficios litúrgicos de la Navidad, generalmente se cantan estas palabras con gran solemnidad, más que en los oficios diarios del resto del año. El oficio de Matutinos prosigue como de costumbre. La lectura del Evangelio es de San Mateo

(1,18-25), y habla del nacimiento de Cristo. Todos los himnos y versos glorifican su aparición sobre la tierra.

Cristo ha nacido, glorifícale. Cristo ha venido del cielo, ven a su encuentro. Cristo está sobre la tierra, elévense. Canta al Señor, toda la tierra. Canten con alegría, oh pueblos. Pues Él ha sido glorificado. (Primera Oda del Canon de la Navidad)

La Divina Liturgia de la Navidad comienza con salmos de glorificación y alabanza. Durante la Pequeña Entrada con el Libro de los Santos Evangelios, se cantan el Tropario y el Kontakion de la fiesta. El verso de la carta a los Gálatas (3,27)²³ nuevamente reemplaza el Trisagion. La lectura de la Epístola es de tomada de la Carta de San Pablo a los Gálatas.

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama, ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo. (Gálatas 4,4-7)

La lectura del Evangelio es el conocido relato de la Natividad de Cristo tomado del Evangelio según San Mateo (2, 1-12), y la Divina Liturgia prosigue como de costumbre. Luego sigue una celebración especial de dos días, dedicada a María la Theotokos y a San Esteban, el Primer Mártir. Se extiende este periodo de regocijo en la Iglesia hasta la Epifanía, y durante este tiempo se cantan una y otra vez los himnos de la Navidad, y no se acostumbra ni a arrodillarse ni a hacer ayuno.

En la Iglesia Ortodoxa, se refiere formalmente a esta fiesta como la Natividad según la Carne de Nuestro Señor y Dios y Salvador Jesucristo. En la Navidad celebramos el nacimiento del Hijo de Dios como un ser humano, Aquel que junto al Padre y el Espíritu Santo es verdaderamente Dios desde toda la eternidad. Así cantamos en la Iglesia:

Hoy una Virgen da a luz al Eterno, y la tierra ofrece una caverna al Inaccesible. Ángeles y pastores le glorifican, y los magos siguen a una estrella. Hoy ha nacido un Niño: el Eterno Dios. (Kontakion de la Natividad de Cristo)

Durante los primeros cuatro siglos de la historia de la Iglesia, la fiesta de la Natividad de Cristo no se celebraba

sola, sino juntamente con la Epifanía, como una gran fiesta única de la aparición de Dios sobre la tierra, en forma del Mesías humano de Israel. Más tarde se comenzó a celebrar la Natividad como tal en el día 25 de diciembre, para desviar la atención de la fiesta pagana del Sol Invencible que se celebraba en ese día. La fiesta de la Natividad del Señor fue establecida por la Iglesia en forma consciente, en su esfuerzo de vencer a la falsa religión de los paganos. Así, descubrimos que el Tropario de la Fiesta hace una polémica en contra de la adoración del sol y de las estrellas, y llama a todos a adorar únicamente a Cristo, el Verdadero Sol de Justicia (Malachi 4,2), quien es adorado por todos los elementos de la naturaleza.

Tu nacimiento, oh Cristo Nuestro Dios, ha hecho resplandecer sobre el mundo la luz de la sabiduría. Porque los que adoraban las estrellas aprendieron de la estrella a adorarte a Ti, el Sol de Justicia, que desde las alturas viniste. Oh Señor, Gloria a Ti. (Tropario)

Entonces, la fiesta de la Natividad de Cristo es la celebración de la salvación del mundo mediante el Hijo de Dios quien se hizo hombre por nosotros a fin de que, mediante Él, podríamos llegar nosotros mismos a ser divinos hijos de Dios Padre por el Espíritu Santa que mora en nosotros.

18. LA FIESTA DE LA EPIFANIA

El día 6 de enero se celebra la fiesta de la Epifanía o la Teofanía. Originalmente era la fiesta cristiana única de la manifestación de Dios al mundo en la forma humana de Jesús de Nazaret. Incluía la celebración del nacimiento de Cristo, la adoración de los Reyes Magos, y todos los acontecimientos de la niñez de Jesucristo como su circuncisión y presentación en el templo, así como su bautismo por San Juan en el Río Jordán. Es casi una certeza que esta fiesta, al igual a la Pascua de Resurrección y Pentecostés, se entendía como el cumplimiento de una fiesta judía previa, en este caso, la Fiesta de las Luces.

La palabra Epifanía significa manifestación. Frecuentemente se refiere a esta fiesta como la Teofanía, tal como se dice en los libros litúrgicos de la Iglesia Ortodoxa, palabra que significa Manifestación de Dios. El énfasis que se da a esta fiesta hoy en día está en la aparición de Jesús como el Mesías humano de Israel y el Divino Hijo de Dios, Uno de la Santa Trinidad, junto al Padre y el Espíritu Santo.

Así, en Su bautismo por Juan en el Jordán, Jesús se identifica delante de los pecadores como “el Cordero de Dios que quita

el pecado del mundo” (Juan 1,29), el “Amado” del Padre cuya tarea mesiánica es la de redimir a los seres humanos de sus pecados. (Lucas 3,21; Marcos 1,35) Es revelado como uno de la Santísima Trinidad Divina, a quien se da testimonio por la voz del Padre, y por el Espíritu en forma de paloma. Los himnos de la fiesta glorifican esta Epifanía trascendental, es decir, manifestación.

Cuando fuiste bautizado Señor, en el Río Jordán, fue revelada la adoración de la Santísima Trinidad. Porque la voz del Padre se adelantó dando testimonio, llamándote Hijo muy Amado. Y el Espíritu en forma de paloma confirmó la inmutabilidad de esas palabra. Oh Cristo Dios, que apareciste al mundo, gloria a Ti. (Tropario de la Fiesta)

Hoy apareciste al universo, y Tu Luz, oh Señor, ha brillado sobre nosotros, quienes con entendimiento clamamos a Ti : Tú has venido y Te has revelado, oh Luz Inaccesible. (Kontakion)

Los oficios litúrgicos de la Teofanía son organizados idénticamente a los de la Navidad, aunque lo más probable es que haya sido la Epifanía que sirvió de modelo para la Navidad, ya que la Navidad fue establecida como fiesta más tarde. En la mañana de la víspera de la fiesta, se celebran las Horas Reales junto a Vísperas y la Divina Liturgia de San Basilio el Magno. La vigilia de la fiesta consiste en Completas Mayores y Matutinos.

Las profecías que se leen en la Teofanía repiten las palabras de Isaías “Dios está con nosotros” y enfatizan la predicha venida del Salvador así como la venida de su precursor, San Juan Bautista:

Voz que clama en el desierto: Preparad camino al Señor; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájase todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane; y toda carne verá la salvación de Dios. (Isaías 40,3-5; Lucas 3,4-6)

El verso bautismal de Gálatas 3,37 reemplaza otra vez al Trisagion. (Santo Dios) Las lecturas del Evangelio seleccionadas para leer en todos los oficios de la Teofanía hablan del bautismo de Jesús por Juan en el Río Jordán. La lectura de la Epístola en la Divina Liturgia habla de las consecuencias de la aparición del Señor, que es la Divina Epifanía.

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro Gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. (Tito 2,11-14)

La principal característica de la fiesta de la Epifanía es la Bendición Mayor de las Aguas. De acuerdo con las indicaciones de la Iglesia, se debe celebrar esta bendición después de la Divina Liturgia tanto en la víspera de la fiesta como en la fiesta misma. En la mayoría de las parroquias, sin embargo, generalmente se hace una sola vez, y en una oportunidad en que el mayor número de fieles posible pueda participar. Comienza con la entonación de unos himnos especiales, y luego el celebrante incienso el agua, que ha sido puesto en medio del templo. Rodeado por velas y, en algunos casos, también flores, esta agua representa el bello mundo de la creación original de Dios y la glorificación por Cristo en el Reino de Dios. A veces se celebra esta bendición de las aguas afuera, cuando haya agua corriente natural.

La voz del Señor clama diciendo, tomado todos, el espíritu de sabiduría, espíritu de entendimiento, por la manifestación de Cristo.

Hoy la naturaleza del agua de las aguas se santifica, el Jordán se divide y sus aguas dejan de correr; porque en él se ve al Señor lavado.

Oh Cristo Rey, como humano vino al río para lavarse. Tomaste la iniciativa para recibir el bautismo como esclavo de la mano del Precursor por nuestros pecados, oh Amante de la Humanidad.

(Himnos de la Bendición Mayor de las Aguas)

Luego se leen tres lecturas de la Profecía de Isaías acerca de la era mesiánica:

Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará

con júbilo... (Isaías 35,1-10)

A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche... (Isaías 55,1-13)

Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación. Y diréis en aquel día: Cantad al Señor, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras ... su Nombre es engrandecido ... Regocíjate y canta ... (Isaías 12,3-6)

Después de la Epístola (I Corintios 1,10-14) y la lectura del Evangelio (Marcos 1,9-11), se entona una especial letanía mayor que invoca la gracia del Espíritu Santo sobre el agua y sobre todos aquellos que participarán de ella. Se finaliza con la gran oración de la glorificación cósmica de Dios en la cual se invoca a Cristo a santificar el agua, y a todos los seres humanos y la creación entera, por la manifestación de Su Presencia Divina, Salvífica y Santificadora, mediante la venida del Santo y Bueno y Vivificador Espíritu.

Mientras se canta el tropario de la fiesta, el celebrante sumerge la cruz tres veces en el agua, y luego procede a rociar el agua hacia los cuatro puntos cardinales del mundo. Acto seguido, bendice a todos los presentes con esta agua. Durante los días siguientes, bendice los hogares de los fieles con el agua bendita, que representa la salvación de toda la humanidad y de la creación entera, que Cristo ha llevado a cabo mediante Su Epifanía en la carne, por la vida del mundo.

Algunas veces, se piensa que la bendición del agua, y la práctica de tomarla y rociarla sobre todas las personas y cosas, es un paganismo que erróneamente ha entrado a la Iglesia Cristiana. Sabemos, sin embargo, que este ritual fue practicado por el Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, y que en la Iglesia Cristiana tiene un significado muy importante y especial.

Es nuestra fe cristiana que, ya que el Hijo de Dios ha tomado carne humana y ha sido inmergido en las aguas del Jordán, toda materia ha sido santificada y purificada en Él, limpiada de sus cualidades mortíferas heredadas del diablo y de la maldad de los seres humanos. En la Epifanía del Señor, toda la creación se vuelve buena de nuevo, por cierto “muy bueno”, tal como Dios mismo la hizo y proclamó que era en el principio cuando “el espíritu de Dios se movía sobre las aguas” (Génesis 1,2) y cuando el “Espíritu de Vida” estaba en el ser humano y en todo hecho por Dios. (Génesis 1,30; 2,7)

El mundo y todo cuanto hay en él ciertamente es “muy bueno” (Génesis 1,31) y cuando se vuelve contaminado, corrupto y muerto, Dios lo salva nuevamente mediante la “nueva creación” en Cristo, Su Hijo Divino y Nuestro Señor, por la gracia del Espíritu Santo. (Gálatas 6,15) Esto es lo que se celebra en la Epifanía, y de modo especial en la Bendición Mayor de las Aguas. La consagración de las aguas en esta fiesta coloca el mundo entero, a través de su materia elemental, el agua, en la perspectiva de la creación, santificación, y glorificación cósmicas del Reino de Dios en Cristo y en el Espíritu. Nos dice que el ser humano y el mundo entero fueron creados y salvados para ser “llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3,19), “la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. (Efesios 1,23) Nos dice que Cristo, en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad,” es y verdaderamente será “el todo, y en todos”. (Colosenses 2,9; 3,11) Nos dice, además, que “el nuevo cielo y la nueva tierra” que Dios nos ha prometido mediante sus profetas y apóstoles (Isaías 66,22; II Pedro 3,13; Apocalipsis 21,1) en verdad ya están “con nosotros” en el misterio de Cristo y Su Iglesia.

Así la santificación y el rocío del agua de la Epifanía no es ningún ritual pagano. Es la expresión de hecho más central de la visión cristiana del ser humano, de su vida y de su mundo. Es el testimonio litúrgico de que la vocación y el destino de la creación es de ser llena “de toda la plenitud de Dios”. (Efesios 3,19)

19. LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR EN EL TEMPLO

Cuarenta días después de nacer, Cristo fue presentado a Dios en el templo de Jerusalén, conforme a la ley mosaica. Además, en esta ocasión, su madre participó de la purificación ritual, y ofreció a Dios los sacrificios prescritos por la ley judía. Por lo tanto, cuarenta días después de la Natividad, en el día 2 de febrero, la Iglesia Ortodoxa celebra la fiesta de la presentación, llamada el Encuentro o la Presentación de Cristo en el Templo.

El acontecimiento principal de la presentación de Cristo en el Templo es el encuentro de Cristo con el anciano Simeón y la profetiza Ana. (Lucas 2,22-36) A Simeón “le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor” (Lucas 2,26) e, inspirado por el mismo Espíritu, fue al Templo donde encontró al Mesías, lo tomó en sus brazos, y proclamó las palabras que hasta el día de hoy son cantadas al final de cada oficio de Vísperas celebrado en la Iglesia Ortodoxa :

Ahora, Señor, despidés a tu siervo en paz, Conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; Luz para revelación a los gentiles, y gloria de Tu Pueblo Israel. (Lucas 2,29-32)

En este momento Simeón también predijo que Jesús sería “señal que será contradicha” (Lucas 2,34b) y que El “está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel.” (Lucas 2,34a) También predijo los sufrimientos que padecería María al ver la Pasión de Su Hijo. (Lucas 2,35) La profetiza Ana también estuvo presente y, habiendo dado gracias a Dios, ella “hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.” (Lucas 2,38)

En los oficios litúrgicos para la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo, el eje central es que Cristo, el Hijo y el Verbo de Dios mediante quien el mundo fue creado, está ahora en brazos de Simeón como un bebé; este mismo Hijo de Dios, el Dador de la Ley, ahora cumple Él mismo la Ley, siendo llevado en brazos como niño humano.

Recíbelo, oh Simeón, a quien Moisés contempló en las nubes en el Monte de Sinaí como el Dador de la Ley. Recíbelo ahora como niño que cumple la Ley. Pues la Ley y los Profetas hablaron acerca de Él, encarnado por nosotros y Salvador de la Humanidad. Venid todos a adorarlo.

Que las puertas del cielo se abren hoy, pues el Verbo Eterno del Padre sin principio, sin abandonar Su Divinidad, ha tomado principio, y ha sido encarnado de la Virgen en el tiempo. Y como niño de cuarenta días, El voluntariamente es llevado por su madre al Templo, según la Ley. El anciano Simeón lo recibe en sus brazos y exclama: Señor, despidés ahora a tu siervo en paz, porque han visto mis ojos tu salvación. Oh Señor, Tú que has venido para salvar a la humanidad, gloria a Ti. (Versos de las Vísperas de la Fiesta)

Los oficios de Vísperas y Matutinos de esta fiesta son llenos de himnos sobre este mismo tema. En la celebración de la Divina Liturgia, las palabras del cántico de María forman el *prokimenon* y las de Simeón, los versos de la Aleluya. Las lecturas del Antiguo Testamento en el oficio de Vísperas hacen referencia a la Ley de la purificación en el libro de Levítico, la visión de Isaías en el Templo de Señor Tres-Veces Santo, y el don de la fe a los egipcios profetizado por Isaías cuando la luz del Señor será “revelación a los gentiles”. (Lucas 2,32) La lectura del Evangelio relata el encuentro en el Templo.

La celebración del Encuentro del Señor en el Templo no es una mera conmemoración histórica. Inspirados por el mismo Espíritu que inspiró a Simeón, y llevados por el mismo Espíritu hasta la Iglesia del Mesías, los miembros de la Iglesia también afirman su propio “encuentro” con el Señor, e igualmente pueden dar testimonio de que ellos pueden irse “en paz” pues sus ojos han visto la salvación de Dios en la persona de Su Cristo.

Salve, oh Virgen, Madre de Dios, llena de gracia. Porque de ti resplandeció el Sol de Justicia, Cristo Dios Nuestro. Iluminando a los que están en las tinieblas. Regocíjate, oh justo anciano, llevando en tus brazos al Libertador de nuestras almas, y El que nos concede la resurrección. (Tropario)

Por Tu nacimiento, santificaste las entrañas de la Virgen. Y bendijiste las manos de Simeón, oh Cristo Nuestro Dios. Ahora Tú has venido y nos has salvado por amor. Otorga la paz a todos los cristianos ortodoxos, oh Tú, Único Amante de la Humanidad. (Kontakion)

Según la tradición local de algunas iglesias, el sacerdote bendice velas en la iglesia en este día. Estas velas nos recuerdan de nuestro encuentro con Cristo, Luz que ilumina a todos.

20. LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

La Transfiguración de Cristo representa uno de los acontecimientos centrales en su vida terrenal que se encuentra relatado en los Evangelios. Inmediatamente después de que el Señor fue reconocido por sus apóstoles como “el Cristo (Mesías)”, “el Hijo del Dios viviente”, les dijo que “le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.” (Mateo 16,21) La reacción de los apóstoles a este anuncio de Cristo acerca de su próxima pasión y muerte fue de indignación. Y luego, después de reprocharles, el Señor tomó a Pedro, a Santiago y a Juan “aparte a un monte Alto”, de acuerdo a la tradición el Monte de Tabor, y “se transfiguró delante de ellos.”

... y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas; una para ti, otra

para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo Amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo, Levantaos y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús sólo. Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos. (Mateo 17,1-9; ver también Marcos 9,1-9; Lucas 9,28-36; II Pedro 1,16-18)

La fiesta judía de las Tiendas era una celebración de la morada de Dios con los seres humanos, y la transfiguración de Cristo revela de qué manera esto sucede en y mediante del Mesías, el Hijo de Dios en carne humana. La transfiguración de Cristo seguramente sucedió durante el tiempo de la celebración de la Fiesta de las Tiendas, y la celebración del acontecimiento en la Iglesia Cristiana llegó a ser el cumplimiento neotestamentario de esta fiesta del Antiguo Testamento, de manera muy similar a las fiestas de la Pascua y Pentecostés.

En la Transfiguración, los apóstoles ven la gloria del Reino de Dios presente en majestad en la persona de Jesucristo. Ellos ven que en Él, por cierto, “agradó al Padre que en él habitase toda plenitud,” que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.” (Colosenses 1,19; 2,9) Ellos ven todo esto antes de la Crucifixión, a fin de que en la Resurrección puedan ver quien es que ha sufrido por ellos, y que es lo que Él, que es Dios, ha preparado para aquellos que le aman. Esto es lo que la Iglesia celebra en la fiesta de la Transfiguración.

Cuando te transfiguraste, oh Cristo Dios, en el Monte Tabor, revelaste tu gloria a tus discípulos según la pudieron captar. Haz resplandecer sobre nosotros pecadores Tu Luz Eterna, por la Intercesión de la Madre de Dios. Tú que concedes la Luz, gloria a Ti. (Tropario)

Te transfiguraste en el Monte, oh Cristo Dios, y tus discípulos vieron tu gloria en cuanto pudieron; para que cuando Te vieran crucificado, comprenderían que Tu sufrimiento era voluntario, y proclamarían al mundo que Tú en verdad Eres el Esplendor del Padre. (Kontakion)

Además del significado fundamental que el acontecimiento de la Transfiguración posee dentro del contexto de la vida y misión de Cristo, y además del tema de la gloria de Dios que es revelada en todo su esplendor en el rostro de Cristo el

Salvador, la presencia de Moisés y Elías es también de gran importancia para la comprensión y celebración de esta fiesta. Muchos de los himnos hacen referencia a estos dos figuras centrales de la Antigua Alianza, tal como lo hacen las tres lecturas de las Escrituras designadas para el oficio de Vísperas, que hablan de la manifestación de la gloria de Dios a estos santos varones del antaño. (24,12-18; 33,11-34,8; I Reyes 19,3-16)

Moisés y Elías, según los versos litúrgicos, no son solamente las más grandes figuras del Antiguo Testamento quienes vienen ahora para adorar al Hijo de Dios en gloria, ni tampoco son meramente dos de los varones santos a quienes Dios se reveló en las teofanías prefigurativas de la Antigua Alianza de Israel. Estas dos figuras en verdad representan el Antiguo Testamento mismo: Moisés representa a la Ley, y Elías, a los Profetas. Y Cristo es el cumplimiento de la Ley y de los Profetas (Mateo 5,17)

Ellos también representan a los vivos y a los muertos, pues Moisés falleció y se conoce su lugar de sepultura, mientras Elías fue llevado al cielo vivo para aparecer nuevamente a anunciar el tiempo de la salvación de Dios en Cristo el Mesías.

Entonces, apareciendo juntos a Jesús en el Monte de la Transfiguración, Moisés y Elías demuestran que el Mesías-Salvador está aquí, y que Él es el Hijo de Dios de quien el Padre mismo da testimonio, el Señor de la Creación, del Antiguo Testamento y del Nuevo, de los vivos y de los muertos. La Transfiguración de Cristo en sí es el cumplimiento de todas las teofanías y manifestaciones de Dios, una consumación perfeccionada y completada en al persona de Jesucristo. La Transfiguración de Cristo nos revela nuestro propio destino como cristianos, el destino final de todos los seres humanos y de la creación entera, el de ser transformado y glorificado por el majestuoso esplendor de Dios.

Lo más probable es, que originalmente la fiesta de la Transfiguración de Cristo pertenecía al periodo pre-Pascual de la Iglesia. Tal vez se celebraba en uno de los domingos anteriores a la Pascua de Resurrección. Existe cierta evidencia histórica que lo indica; además, tenemos el hecho de que hoy en día San Gregorio Palamás, el gran maestro de la Transfiguración de Cristo, es conmemorado durante la Gran Cuaresma (en el cuarto domingo). Además, el acontecimiento propiamente tal está definitivamente relacionado con la muerte y resurrección del Salvador que se aproximan.

... para que cuando Te vieran crucificado, comprenderían que Tu sufrimiento era voluntario... (Kontakion)

Hoy en día, la fiesta de la Transfiguración de Cristo se celebra en el día 6 de agosto, probablemente debido a alguna razón histórica. En algunas iglesias, se acostumbra a bendecir uvas y otras frutas y verduras en este día. Esto simboliza la transfiguración de toda la creación en Cristo. Significa la fructificación de la creación entera en el paraíso del eterno Reino de Vida de Dios, cuando todo será transformado por la gloria del Señor.

21. LA ANUNCIACION

La fiesta de la Anunciación de la Virgen María se celebra nueve meses antes de la Natividad de Cristo, en el día 25 de marzo. Es la celebración del anuncio del nacimiento de Cristo hecho a la Virgen María, como se narra en el Evangelio de San Lucas.

Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta. Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino de tendrá fin. Entonces María dijo al ángel : ¿Cómo será esto? Pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Ser Santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y he aquí tu parienta Elizabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; porque no hay nada imposible para Dios. Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; Entonces hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia. (Lucas 1,26-38)

Los servicios de la fiesta de la Anunciación, Matutinos y la Divina Liturgia, enfatizan repetidamente la gozosa proclamación de la salvación de los seres humanos en el nacimiento del Salvador.

Hoy es el principio de nuestra salvación y la revelación del misterio antes de todos los siglos; porque el Hijo de Dios se hace Hijo de la Virgen y Gabriel anuncia la gracia. Acompañémosle clamando a la Madre de Dios: Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo. (Tropario)

Una característica especial de esta fiesta es el canon de **Matutinos**, el cual está compuesto por un diálogo entre el Arcángel Gabriel y la Virgen María. También muy conocido entre los elementos de este oficio es la **Magnificación**, la cual toma la forma de nuestra propia salutación a la virgen madre en las palabras del arcángel.

Con la voz del arcángel nosotros clamamos a ti, oh Purísima: Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo. (Magnificación)

La celebración de la Anunciación es, por lo tanto, la fiesta de nuestro propio recibimiento de las buenas nuevas de nuestra salvación, y de nuestra glorificación de la Virgen María, la doncella pura quien llega a ser la Madre de Dios Encarnado.

Ya que esta fiesta normalmente cae durante la Gran Cuaresma, la forma en que se celebra varía de año en año, dependiendo del día en que cae. Si es un día de semana durante la Gran Cuaresma, lo que es lo más común, se celebra la Divina Liturgia de la fiesta en la tarde junto al oficio de Vísperas, luego de abstinencia de todo el día. Cuando esto suceda, se sigue las normas de abstinencia para la Liturgia de los Dones Presantificados. La Divina Liturgia de la Anunciación es la única celebración de la liturgia eucarística de San Juan Crisóstomo que es permitido en un día de semana durante la Gran Cuaresma.

22. LA NATIVIDAD DE LA THEOTOKOS, LA MADRE DE DIOS

Además de la fiesta de la Anunciación, la Iglesia Ortodoxa celebra tres otras fiestas mayores de la Santísima Virgen María, la Theotokos. La primera de estas es la fiesta de su nacimiento, la cual se celebra el día 8 de septiembre.

No se encuentra el relato del nacimiento de María en la Biblia. El relato tradicional de este acontecimiento se encuentra en los escritos apócrifos que no forman parte de las escrituras del Nuevo Testamento. La enseñanza tradicional que se celebra en los himnos y versos de la liturgia de la fiesta es que Joaquín y Ana eran una piadosa pareja judía, fieles de la Antigua Alianza y seguidores de la Ley Mosaica, que esperaban con ansias la venida del prometido Mesías. La pareja era

bastante mayor de edad, y no tenían hijos. Rogaban fervorosamente al Señor que les diera hijos, ya que entre los judíos la esterilidad era un signo de la falta del favor divino. En respuesta a sus oraciones, como recompensa a su constante fidelidad a Dios, la anciana pareja fue bendecida con una hija quien estaba destinada, debido a su propia bondad y santidad personal, a llegar a ser la Madre del Mesías, el Cristo; la Madre del Dios Encarnado.

Tu nacimiento, oh Madre de Dios, anunció el gozo a todo el universo. Porque de ti resplandeció el Sol de Justicia, Cristo Dios Nuestro. Porque aniquilando la maldición, nos concedió la bendición; y destruyendo la muerte, nos otorgó la vida eterna. (Tropario)

Por tu nacimiento, oh Virgen purísima, Joaquín y Ana fueron librados de la esterilidad; Adán y Eva fueron librados de la corrupción de la muerte. Y nosotros, tu pueblo, librados del sello del pecado, celebramos cantando: La mujer estéril da a luz la Theotokos, aquella que alimenta nuestra vida. (Kontakion)

El hecho de que no haya evidencia bíblica respecto al nacimiento de María no tiene importancia en cuanto al significado de la fiesta. Aun si los hechos tras la fiesta como se celebra en la Iglesia sean cuestionables desde un punto de vista histórico, su significado divino “por nosotros y para nuestra salvación” es bastante claro. Debía haber alguien nacido de carne y sangre humana quien sería espiritualmente capaz de ser la Madre de Cristo Dios, y ella debía nacer en este mundo, hija de dos personas espiritualmente preparados para ser sus padres.

La fiesta de la Natividad de la Theotokos, por lo tanto, es una glorificación del nacimiento de María, de la persona de María misma, y de sus padres. Es también la celebración de la primera preparación de la salvación del mundo. Pues el “Recipiente de la Luz”, el “Libro de la Palabra de la Vida”, la “Puerta al Oriente”, el “Trono de Sabiduría”, está siendo preparado por el mismo Dios en el nacimiento de la santa niña María.

Los versos de la fiesta son repletos de títulos como los que hemos citado arriba. Son inspirados por el mensaje de la Biblia, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo. Las lecturas bíblicas indicadas para la fiesta expresan esto mismo.

En el oficio de *Vísperas*, las tres lecturas tomadas del Antiguo Testamento son “mariológicas” en su interpretación neotestamentaria. Es así entonces, que se comprende que la escalera de Jacob que une el cielo con la tierra y el lugar que es llamado “la casa de Dios” y la “puerta del cielo” (Génesis 28,10-17) indican la unión de Dios con el ser humano, la cual se realiza de modo más perfecto y más completo, tanto en lo espiritual como en lo físico, en María la Theotokos, la Progenitora de Dios. También simboliza a María la visión del templo con la “puerta al Oriente” perpetuamente cerrada y llena de “la gloria del Señor”. Se refiere a ella en los himnos como “el templo vivo de Dios lleno de la divina gloria”. (Ezequiel 43,27-44,4) María es también identificada como la “casa” que la Sabiduría construyó para sí, según la lectura de Proverbios 9, 1-11.

La lectura del Santo Evangelio que se lee en el oficio de Matutinos es la misma que se lee en todas las fiestas de María, la famosa *Magnificat* del Evangelio según San Lucas en que María dice: “Engrandece mi alma al Señor; Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.” (Lucas 1,47-48)

La lectura de la Epístola para la Divina Liturgia es el famoso pasaje acerca de la venida del Hijo de Dios en “forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (Filipenses 2,5-11) y la lectura del Evangelio es la que siempre se lee en la Divina Liturgia en fiestas de la Theotokos. Es el relato de la mujer en la multitud quien glorifica a la Madre de Jesús, y el propio Señor responde que aquella misma bienaventuranza que recibe su madre es para todos “los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.” (Lucas 11, 27-28)

Entonces, en la fiesta de la Natividad de la Theotokos, tal como en todas las celebraciones litúrgicas de la Madre de Cristo Dios, proclamamos y festejamos lo siguiente: que, mediante la bondad y amor de Dios para con la humanidad, cada cristiano recibe lo que recibe la Theotokos, la “gran misericordia” que se concede a todos los seres humanos por el nacimiento de Cristo de la Virgen.

23. LA PRESENTACIÓN DE LA THEOTOKOS EN EL TEMPLO

La segunda gran fiesta de la Theotokos es la celebración de su presentación como niña en el Templo de Jerusalén, que se festeja el día 21 de noviembre. Tal como la fiesta de su nacimiento, esta fiesta de María carece de evidencias bíblicas e históricas directas. No obstante, al igual a su Natividad, es

una fiesta llena de importante significado espiritual para el creyente cristiano.

Los textos de esta celebración cuentan cómo María fue llevada como niña pequeña al templo por sus padres Joaquín y Ana, para que fuera criada allí entre las vírgenes consagradas al servicio del Señor hasta que fueran desposadas en matrimonio. Según la Tradición de la Iglesia, la Virgen fue recibida solemnemente en el templo por la comunidad del templo, encabezada por el sacerdote Zacarías, el padre de San Juan Bautista. Fue conducida al santuario para ser “alimentada” allí por los ángeles, con el fin de que ella misma llegara a ser el “santo de los santos” de Dios, el santuario y templo vivo del Divino Niño que habría de nacer de ella.

Sin duda, los versos del Salmo 45 del Antiguo Testamento, que se emplean extensamente en los oficios de la fiesta, fueron una gran inspiración para la celebración de la consagración de María al servicio de Dios en el Templo de Jerusalén.

Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; Y deseará el rey tu hermosura; E inclínate a él, porque él es tu señor.

Toda gloriosa es el hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido. Con vestidos bordados será llevada al rey; Vírgenes irán en pos de ella, compañeras suyas serán traídas a ti. Serán traídas con alegría y gozo; Entrarán en el palacio del rey.

En lugar de tus padres serán tus hijos, A quienes harás príncipes en toda la tierra. Haré perpetua la memoria de tu nombre en todas las generaciones, Por lo cual te alabarán los pueblos eternamente y para siempre. (Salmo 45, 10-17)

La Iglesia Ortodoxa considera estas palabras del salmo como una profecía directamente relacionada con María la Theotokos. Según el Evangelio de San Lucas que se lee en la Vigilia de cada una de sus fiestas, María misma pronuncia las siguientes palabras:

Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre, Y su misericordia es de generación en generación a los que le teman. (Lucas 1,47-50)

El tema principal de la fiesta de la Presentación de María en el Templo, que se repite varias veces en los oficios litúrgicos, es que ella entra al Templo para llegar a ser ella misma el templo viviente de Dios. De esta manera inaugura el Nuevo Testamento en que se cumplen las profecías de antaño que “la morada de Dios está con el hombre” y que el ser humano es la única morada posible de la Presencia Divina. (Ezequiel 37, 27; Juan 14, 15-23; Hechos 7, 47; II Corintios 6, 11; Efesios 2, 18-22; I Pedro 2, 4; Apocalipsis 22, 1-4)

Hoy es el prelude de la buena voluntad de Dios y es el principio de la predicación salvadora a la humanidad. La Virgen se presenta claramente en el templo de Dios y preanuncia Cristo a todos. Aclamemos con voz potente diciendo: ¡Salve, tú eres el cumplimiento del plan redentor del Creador! (Tropario)

El Templo purísimo del Salvador, Preciosa Morada y Virgen, Sagrado Tesoro de la Gloria de Dios, es presentado hoy a la casa del Señor, trayendo consigo la gracia del Espíritu Divino, que los ángeles de Dios alaban. ¡Verdaderamente Ella es la Morada de los Cielos! (Kontakion)

En el oficio de Vísperas, se lee el capítulo cuarenta del libro de acerca de la edificación del templo, junto a pasajes del libro de Primer Reyes y de la Profecía de Ezequiel. Cada una de estas lecturas finaliza con exactamente las mismas palabras: “pues la gloria del Señor ha llenado la morada del Señor Dios Todopoderoso.” (Éxodo 40,35; I Reyes 8,11; Ezequiel 44,4)

Nuevamente en esta fiesta, se interpretan las lecturas tomadas del Antiguo Testamento como símbolos de la Madre de Dios. Esta “gloria del Señor” es lo que “llena” la Madre de Dios y a todos aquellos que “oyen la palabra de Dios y la guardan”, como proclama el Evangelio de la Divina Liturgia para la fiesta. (Lucas 11,27-28) La Epístola designada para la Divina Liturgia proclama exactamente el mismo tema. (Hebreos 9,1-7)

Así, la fiesta de la Entrada, o la Presentación, de la Theotokos en el Templo, es la que celebra el término del templo físico en Jerusalén como la morada de Dios. Cuando la niña María entra al templo, la época del templo llega a su fin, y se revela el “prelude de la buena voluntad de Dios”. En este festejo celebramos, en la persona de la Madre de Cristo Dios, que nosotros también somos templo y morada del Señor.

Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. (II Cor. 6, 16; Isaías 52, 11)

24. LA DORMICIÓN DE LA THEOTOKOS

La fiesta de la Dormición de la Theotokos es celebrada el día 15 de agosto, precedida por un ayuno de dos semanas. Celebra la muerte, resurrección y glorificación de la Madre de Cristo. Proclama que María ha sido llevada por Dios hasta el reino celestial de Cristo en la plenitud de su existencia espiritual y corporal.

Tal como ocurre en el caso de la Natividad de María y la fiesta de su entrada al templo, no existen fuentes históricas o bíblicas para esta fiesta. La Tradición de la Iglesia nos enseña que María falleció tal como los demás, no voluntariamente como en el caso de Su Hijo, sino por la necesidad de su naturaleza humana mortal invisiblemente unida a la corrupción de este mundo.

La Iglesia Ortodoxa enseña que María carece de todo pecado personal. No obstante, en el texto del Evangelio de la fiesta, en los oficios litúrgicos y en el icono de la Dormición, la Iglesia proclama del mismo modo que María verdaderamente necesitaba ser salvada por Cristo tal como todos los demás seres humanos son salvados de las tribulaciones, sufrimientos y muerte de este mundo; y que, en verdad habiendo fallecido, fue levantada por su Hijo como la Madre de la Vida, y ya participa en la vida eterna del paraíso que es prometida a todos los que “oyen la palabra de Dios y la guardan.” (Lucas 11,27-28)

En tu alumbramiento conservaste tu virginidad y en tu dormición no olvidaste al mundo, oh Madre de Dios. Puesto que te has trasladado a la Vida, oh Madre de la Vida; por tu intercesión libra de la muerte a nuestras almas. (Tropario)

Ni la tumba, ni la muerte, pudo contener la Theotokos, quien es constante en oración y nuestra firme esperanza en la intercesión. Siendo la Madre de la Vida, fue trasladada a la Vida, por Aquel que habitó en su vientre siempre virginal. (Kontakion)

Los servicios de la fiesta repiten el tema principal, que la Madre de la Vida ha pasado “al gozo celestial, al regocijo divino, y a la alegría eterna” del Reino de Su Hijo. (verso de las Vísperas) Las lecturas del Antiguo Testamento, así como

las lecturas del Evangelio para la Vigilia y para la Divina Liturgia, son exactamente las mismas que se leen para las fiestas de la Natividad de la Virgen y la de su Presentación en el Templo. Así, en Matutinos nuevamente escuchamos a María decir, “Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” (Lucas 1,47) Durante la Divina Liturgia, escuchamos la carta a los Filipenses en que San Pablo habla de cómo Cristo se despojó de sí mismo y concedió tomar forma de siervo humano y aceptar la muerte, hasta muerte en la cruz, para ser “exaltado a lo sumo” por Dios su Padre. (Filipenses 2,5-11) Una vez más en el Evangelio, se nos proclama que la bienaventuranza de María pertenece a todos los que “oyen la palabra de Dios, y la guardan.” (Lucas 11, 27-28)

Así, la fiesta de la Dormición de la Theotokos, es la en que celebramos que todos los seres humanos son “exaltados a lo sumo” en la bienaventuranza del Cristo victorioso, y que esta exaltación a lo sumo ya ha sido realizada en la Virgen María Theotokos. La fiesta de la Dormición es el signo, la garantía, y la celebración de que la suerte que tuvo María, espera también a todos aquellos cuyas almas magnifican al Señor, cuyos espíritus se regocijan en Dios el Salvador, y cuyas vidas son totalmente dedicadas a escuchar y a guardar la Palabra de Dios otorgada a todo ser humano en el Hijo de María, el Salvador y Redentor del mundo.

En conclusión, se debe insistir nuevamente, que en todas las fiestas de la Theotokos en la Iglesia, los cristianos ortodoxos celebran hechos concretos de su propia vida en Cristo, y en el Espíritu. Lo que sucede a María, sucede también a todo aquel que imita su santa vida de humildad, obediencia y amor. Junto a ella, todos los seres humanos serán “bendecidos” para ser “más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines,” si siguen a su ejemplo. Todos darán a luz a Cristo mediante el Espíritu Santo. Todos llegarán a ser templos del Dios viviente. Cada ser humano que viva la vida que María vivió, participará de la vida eterna de Su Reino.

En este sentido, todo lo que se alaba y se glorifica en María, es signo de lo que se ofrece a toda persona en la vida de la Iglesia. Por eso María, con el divino niño Jesús dentro de ella, es llamada en la Tradición Ortodoxa, la Imagen de la Iglesia. Pues la asamblea de los salvados es aquellos en quienes Cristo habita.

25. LA ELEVACIÓN DE LA SANTA CRUZ

La Cruz de Cristo fue encontrada en el siglo cuarto por Santa Elena, la madre del Emperador Constantino. Luego fue tomada por los persas, mas en el siglo séptimo el Emperador Heraclio la recuperó, y en esta oportunidad fue elevada en la Iglesia de la Santa Resurrección en Jerusalén. Son estos dos grandes acontecimientos históricos que la fiesta de la Elevación de la Santa Cruz, celebrada el día catorce de Septiembre, conmemora. Desde su elevación en Jerusalén en el siglo séptimo, la “elevación universal” de la Cristo fue celebrada anualmente en todas las iglesias del imperio cristiano.

El día de la Elevación de la Cruz llegó a ser como una fiesta nacional para el Imperio Cristiano Oriental, de modo similar a la celebración del 18 de septiembre en Chile o el 7 de septiembre en Brasil. La Cruz, emblema oficial del imperio, era colocada en todos los edificios públicos y en los uniformes de las personas, y elevada en oficios litúrgicos por los obispos y sacerdotes. Bendecían los cuatro puntos cardinales del universo con la Cruz, mientras los fieles cantaban “Señor, ten piedad,” una y otra vez. Hasta el día de hoy, todavía celebramos este mismo ritual en nuestras iglesias después de la solemne presentación y elevación de la Cruz, después de la Gran Doxología de Matutinos o bien, en algunas parroquias, después de la Divina Liturgia.²⁴

El tropario de la fiesta era, se podría decir, como el himno nacional que se cantaba en todas ocasiones públicas de los Imperios Cristianos de Bizancio y de Rusia, originalmente rogaba a Dios a salvar al pueblo, concederles la victoria en las guerras, y a conservar el imperio “por el poder de la Santa Cruz.” Sin embargo, hoy en día, este tropario tal como todos los demás himnos del día son “espiritualizados”; los “enemigos”²⁵ ahora se refieren a los espiritualmente malos, incluyendo al diablo y todas las fuerzas del mal, y, en lugar de pedir por los gobernantes del estado individualmente, se pide ahora por todos los “cristianos ortodoxos,” y el mundo entero.

Salva, oh Señor, a Tu Pueblo, y bendice a Tu Heredad. Concede a Tu Iglesia la victoria sobre sus enemigos. Y protege al mundo por Tu Santa Cruz. (Tropario)

Oh Cristo Dios, Tú que voluntariamente fuiste elevado sobre la Cruz por nosotros, ten compasión a tu pueblo nuevo llamado por Tu nombre. Regocija a todos los cristianos ortodoxos por Tu poder, otorgándoles la victoria sobre sus enemigos, y concediéndoles el trofeo invencible, Tu arma de paz. (Kontakion)

La fiesta de la Elevación de la Santa Cruz, a pesar de que obviamente tuvo un origen político, goza de gran significado en la Iglesia hoy. Es un día de ayuno y de oración, un día en el que recordamos que la Cruz es el único signo o símbolo digno de toda nuestra lealtad, y que nuestra salvación viene, no por ninguna clase de victoria terrenal, sino por la única verdadera y duradera victoria de la Crucifixión de Cristo y nuestra co-crucifixión junto a Él.

Cuando elevamos la Cruz y nos postramos ante ella en veneración y en adoración a Dios, proclamamos que pertenecemos al Reino que no es de este mundo, y que nuestra única ciudadanía verdadera, que perdura por siempre, es con los santos en la “ciudad de Dios”. (Efesios 2,19; Hebreos 11,10; Apocalipsis 21-22)

La primera lectura del Antiguo Testamento indicada para el oficio de Vísperas habla del “árbol” que cambia las aguas amargas en dulces: el símbolo del Árbol de la Cruz. (Éxodo 15,22-16,1) La segunda lectura nos recuerda que el Señor reprocha y corrige a quienes ama y que la Divina Sabiduría es “árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen.” (Proverbios 3,11-18) Nuevamente representa una referencia a la Cruz la cual es, tal como proclama la lectura de la Epístola del día, “para los llamados, . . . poder de Dios y sabiduría de Dios.” (I Corintios 1, 18-25)

La tercera lectura del Antiguo Testamento es de la Profecía de Isaías que habla de la “ciudad del Señor” en donde habitan juntos gentiles y judíos y “vendrán humillados” a los pies de Dios y conocerán que “yo el Señor soy el Salvador tuyo y el Redentor tuyo”, el Poderoso de Jacob.” (Isaías 60, 11-16) Aquí encontramos la referencia directa a la ciudad de Dios donde los seres humanos adorarán a sus pies; y junto al verso del salmo que se repite constantemente en estos oficios y que nos llama a “postraos ante el estrado de sus pies” (Salmos 99, 5; 110, 1, etc.)

Ante Tu Cruz nos postramos, oh Señor, y Tu Santa Resurrección glorificamos. (Himno de la Veneración de la Santa Cruz)

Este himno, fundamental en la celebración de la fiesta de la Cruz, es cantado una y otra vez durante los ocho días de su celebración en la Iglesia. Reemplaza al Trisagion en la Divina Liturgia. En el oficio de Matutinos, el Evangelio es de San Juan, en que Cristo afirma que cuando sea elevado en la Cruz, traerá a todos a sí mismo. (Juan 12, 28-36) La lectura del

Evangelio para la Divina Liturgia es el largo relato de la pasión de Cristo, también tomada del Evangelio según San Juan.

Así, en la Elevación de la Santa Cruz, los cristianos vuelven a dedicarse al Señor crucificado y prometan su lealtad absoluta a Él, mediante su veneración de la Vivificadora Cruz y su adoración de Cristo Crucificado. Esto es el significado que tiene esta fiesta eclesiástica, día de ayuno y arrepentimiento, en la Iglesia hoy día.

26. OTRAS FIESTAS

Todos los días del año, la Iglesia Ortodoxa conmemora a algunos santos o acontecimientos sagrados en su historia. Además de las doce fiestas mayores ya mencionadas, la Iglesia Ortodoxa entera celebra varios otros días con especial solemnidad litúrgica y espiritual.

Uno de los principales fiestas universalmente celebrada por la Iglesia Ortodoxa es la de San Juan Bautista, acerca de quien Cristo dijo: “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista.” (Mateo 11, 11; Lucas 7, 28) También se celebran las fiestas de los Apóstoles en las iglesias. Una de las fiestas más importantes entre éstas es la de San Pedro y San Pablo, celebrada el 29 de junio. En preparación a esta fiesta, la Iglesia prescribe un periodo de ayuno. Este ayuno comienza el segundo lunes después de Pentecostés, y se finaliza en la fiesta.²⁶ En las iglesias pertenecientes al Patriarcado de Antioquía, esta fiesta posee especial solemnidad, ya que estos dos grandes figuras son los santos patronos del Patriarcado. Ciertos otros santos son venerados de manera especial en todo el mundo también, como por ejemplo, San Nicolás, San Jorge, el Profeta San Elías, y el Arcángel Miguel, junto a los tres Doctores de la Iglesia, San Gregorio el Teólogo, San Basilio el Magno y San Juan Crisóstomo.

Cada una de las iglesias locales celebra la fiesta de santos de particular importancia en su historia o espiritualidad. Es así entonces, que la Iglesia Ortodoxa Rusa venera con especial devoción a los santos Vladimir, Serio, Tikon y Serafín; la Iglesia Ortodoxa Griega a los santos Spiridon, Demetrio y Nectario; la Iglesia Ortodoxa de tradición Árabe a San Jorge, San Elián de Homs, y San José de Damasco; San Sava en la Iglesia Serba; y San Germán de Alaska en Norteamérica.

Además de aquellas fiestas que poseen especial significado en las distintas iglesias locales, existe también la práctica en

ciertas ciudades, pueblos o monasterios, de tener celebraciones litúrgicas especiales en veneración de ciertos santos o acontecimientos de particular importancia para ellos. Entonces, el año litúrgico ortodoxo también incluye los nombres de ciertos santos celebrados con gran solemnidad en muy pocos lugares, o incluso en un solo lugar, en donde tienen especial importancia para los fieles.

En la Iglesia Ortodoxa, las fiestas litúrgicas no son “instituciones” legisladas por alguna autoridad eclesiástica aparte del interés y consentimiento de los fieles. Las fiestas de la Iglesia, e incluso la canonización de los santos, siempre provienen de la devoción viva de los fieles. Si no existiera ningún interés o veneración popular de alguna persona santa, no habría ninguna canonización ni fiesta litúrgica establecida en su honor. Sin embargo, una vez que alguien haya sido reconocido como santo, y se afirma que Dios mismo presenta a esta persona como testigo vivo de Él y de Su Reino, entonces la jerarquía de la Iglesia establecerá el día de la fiesta y escribirá el oficio litúrgico y los himnos adecuados para ser utilizados en su celebración. La frecuencia y el fervor de la celebración dependerán entonces únicamente de la voluntad de los fieles, y una vez establecida, la fiesta sólo podría dejar de celebrarse en forma orgánica, del mismo modo en que apareció. Jamás podría ser “des-establecida”, por decir, por ningún decreto de alguna autoridad eclesiástica.

Notas

¹ Fiestas que se celebran en la misma fecha todos los años, tal como la Natividad de Cristo (25 de diciembre) y la Transfiguración de Cristo (6 de agosto), distinto a las que son del ciclo movable de la Pascua de Resurrección, cuya fecha de celebración varía de año a año.

² El Triodion de cuaresma contiene todo los himnos y oraciones especiales que se rezan durante las semanas de preparación a la Gran Cuaresma (el tiempo pre-cuaresmal) y la Gran Cuaresma.

³ El Triodion de la Pascua contiene los himnos y oraciones especiales para el periodo desde la Pascua de Resurrección hasta la fiesta de Pentecostés.

⁴ La Iglesia cuenta 12 Fiestas Mayores en su año litúrgico. La Pascua de Resurrección, sin embargo, es una fiesta de tanta importancia, que no se cuenta entre estas 12. Se denomina en cambio, la Fiesta de las Fiestas.

⁵ De esta manera se puede observar que el Año Litúrgico, a partir de 1 de septiembre, comienza con una fiesta principal de la Virgen María (su nacimiento, que se celebra el 8 de septiembre), y se concluye con otra (su Dormición). Esto nos

indica la gran importancia que la Iglesia Ortodoxa presta a la Theotokos, Siempre Virgen y Purísima Madre de Nuestro Dios.

6

Incluso, en algunas parroquias, las puertas reales del iconostasio permanecen cerradas, simbolizando la separación del hombre del Reino de Dios debido al pecado.

⁷ Ver el artículo en la página web de la parroquia

www.iglesiaortodoxa.cl

⁸ Si la fiesta de la Anunciación cae entre el domingo y la celebración de la Liturgia de los Dones Presantificados, se reserva la comunión en la Divina Liturgia celebrada para la fiesta. Asimismo, si la Anunciación cae en un día en que normalmente se celebraría la Liturgia Presantificada, en su lugar se ofrece la Divina Liturgia eucarística (según San Juan Crisóstomo), de acuerdo al canon del siglo séptimo ya citado.

⁹ Luz Radiante de la Santa Gloria, del Padre Inmortal y Celestial. Santo Bendito Jesucristo. Habiendo llegado al ocaso del sol y habiendo visto la luz vespertina, adoramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios. Digno es en todo tiempo celebrarte con voces santas, oh Hijo de Dios, Dador de Vida. Por eso el mundo te glorifica.

¹⁰ En algunas iglesias locales, es costumbre que el Obispo realice este mismo lavado (lavando los pies de algunos sacerdotes, diáconos, acólitos u otros miembros de la comunidad, después de la Divina Liturgia.

¹¹ **Lleva la cruz grande que normalmente se encuentra detrás de la Santa Mesa en el altar.**

¹² La Liturgia de San Basilio el Grande se celebra 10 veces durante el año litúrgico : en cada uno de los cinco domingos de la Gran Cuaresma; el Jueves Santo por la mañana; el Sábado Santo por la mañana; la víspera de la Navidad de Cristo por la mañana; la víspera de la Epifanía por la mañana, y el 1º de enero, día en que se conmemora a San Basilio.

¹³ En las parroquias, generalmente se leen sólo 3 o 4 de estas lecturas, según la costumbre local.

¹⁴ De acuerdo a la tradición local en algunas partes, el sacerdote realiza esta acción el Viernes Santo en la noche o bien temprano en la mañana del Sábado Santo, antes de la Divina Liturgia de la mañana.

¹⁵ Este ícono es conocido como “El Descenso al Hades”.

¹⁶ Según la tradición rusa, el Evangelio de la Liturgia de la Resurrección es el que se lee en distintos idiomas.

¹⁷ Este ícono se conoce por el nombre “La Hospitalidad de Abraham”

¹⁸ “Vosotros que en Cristo os bautizasteis de Cristo os revestisteis. Aleluya.” Este himno también se canta en lugar del Trisagion en el Sábado de Lázaro y en la Pascua de Resurrección, como se ha notado anteriormente. Ver arriba.

¹⁹ El texto de esta oración es, “Oh Rey Celestial, Paráclito, Espíritu de Verdad, que estás en todas partes y todo lo llenas, ven y mora en nosotros, purifícanos de toda mancha, y salva nuestras almas, oh Bondadoso.”

²⁰ Este himno es el que se canta después de la comunión, y dice : “Hemos visto la luz verdadera, hemos recibido el Espíritu Celestial. Hemos hallado la verdadera fe. Adoremos la Trinidad Indivisible, pues ésta nos ha salvado.”

²¹ De acuerdo a la tradición local en algunas iglesias, los fieles no se arrodillan en ningún oficio u otro momento de oración a partir de la Pascua de Resurrección hasta Pentecostés, simbolizando su alegría, además del hecho de que todos hemos sido levantados de la muerte a la vida.

²² En ruso, se llama litya.

²³ Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis. Aleluya.

²⁴ En parroquias que siguen la tradición rusa, generalmente se celebra una vigilia en la víspera de la fiesta, que consiste en la celebración de Vísperas y Matutinos juntos. Si este es el caso, la ceremonia de la Elevación de la Cruz se realiza después de la Gran Doxología de Matutinos. En parroquias de tradición árabe o griega, sin embargo, el oficio de Matutinos es celebrado en la mañana de la fiesta misma, antes de la Divina Liturgia. La elevación de la Cruz puede hacerse entonces después de la Doxología,

o bien, al final de la Divina Liturgia, para que el mayor número posible pueda participar en ella.

²⁵ Los adversarios aquí mencionados originalmente se referían a los enemigos del estado

²⁶ Ya que la fecha en que se celebra Pentecostés varía año a año, dependiendo de la fecha de la Pascua de Resurrección, el día en que se comienza el ayuno de San Pedro y San Pablo también varía.